

INFILTRACIÓN

~clark carrados~

INFILTRACION

EEMF Nº 393

Autor: Clark Carrados
UUID: a76cc10a-bf14-4171-b10b-abf82afab71b
Generado con: QualityEbook v0.82

CLARK CARRADOS

INFILTRACIÓN

EDICIONES TORAY
Arnaldo de Orns, 51-53
Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 32.648 — 1964

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

I

EL hombre hablaba con voz monótona, suave, como si recitase una lección de memoria muy bien aprendida. Era de mediana estatura, fornido, de tez un tanto amarillenta y ojos ligeramente oblicuos. Aparentaba cincuenta años aunque se le veía todavía tremendamente fuerte y en la plenitud de su vida. Su cráneo estaba cuidadosamente rasurado y parecía una caja cuadrada, a la cual se hubiesen redondeado las aristas.

Era Tzendor, jefe supremo del Contraespionaje de la Liga de Sistemas Principales.

Frente a él había un hombre joven y bien parecido, cuyo bigotito negro le daba un cierto aire de galán de la pantalla. Se llamaba Myl Fore, y era uno de los mejores agentes del departamento que dirigía Tzendor. Tzendor continuaba recitando:

—Cuando la Tierra perdió su primera y, hasta ahora, única guerra galáctica, se replegó en sí misma y en los planetas que componen su sistema solar. Se habían creído los amos y señores de la Galaxia, o cuando menos, de esta porción importante en que vivimos nosotros, y su despertar no fue nada agradable.

»Se procedió al desarme de las naves que habían sobrevivido a las duras batallas en el espacio, acondicionándolas para fines exclusivamente comerciales. El ejército espacial de la Tierra fue desmovilizado. Sólo algunos de los pilotos quedaron sirviendo las astronaves. La L.S.P. no quiso llevar su victoria hasta el máximo, encerrando a los terrestres en su angosto círculo.

»Se les permitió la libre circulación y tránsito por la Galaxia, así como el libre comercio y la instalación de industrias, con el aprovechamiento consiguiente. Hay que advertir —señaló Tzendor—

que los terrestres fueron derrotados más que nada por inferioridad numérica, no por cobardía ni deficiencia en sus medios de combate.

»Pero nosotros éramos más; nuestro número era infinitamente superior. Arilea, del XVIº Sistema; Blefgtro, del LVº; Kvinn, del XXIIº; Omirson del IIº… por no citar sino a los más significativos, esos sistemas se coaligaron rápidamente y, ante la amenaza que suponía la expansión guerrera del IXº Sistema, el Solar, el de la Tierra, depusieron viejas diferencias, lucharon, murieron… pero triunfaron finalmente.

»La Tierra aprendió bien la lección. No podría ganar jamás por la fuerza de las armas. Y también aprendió otra lección.

»El tiempo no cuenta en la Galaxia. Los hombres pasan; los planetas, los sistemas estelares permanecen.

«Aquella guerra terminó hace tres siglos y medio. No viven ya ni los nietos de los hijos de los combatientes. Pero en la Tierra, un grupo de hombres de buena memoria y orgullo sin límites, decidieron que no se podía renunciar nunca, jamás, a la venganza, que era preciso derrotar un día a la L.S.P., fuera como fuera.

Tzendor suspendió un momento su parlamento para tomar una pastilla de «divit», el alimento energético que podía consumirse a kilos, sin causar el menor trastorno al organismo, ya que éste sólo asimilaba lo estrictamente necesario, expulsando fácilmente el sobrante. Ofreció otra a Myl Fore y continuó:

—Aquel grupo de hombres, tras arduas discusiones, acabaron por aceptar las normas del Código Gegdson-Danilov, llamado así por los dos sujetos que habían redactado las bases principales y que, durante años incluso, fueron objeto de cuidadosos estudios y minuciosos retoques, hasta que, al fin, quedó establecido en la forma definitiva.

«Ellos no tenían prisa. Sabían que contaban menos que un grano de arena pulverizado en una playa, menos que un microsegundo en la existencia total del espacio. Para ellos sólo contaba la Tierra y su desquite.

«Cuando el Código estuvo redactado definitivamente, empezaron a ponerlo en práctica. Ampliaron ligeramente el círculo de iniciados y dieron comienzo a sus trabajos.

«Nunca ganarían por la fuerza de las armas. Pero un día podrían derrotarnos por otros medios. Ese día, Fore, está a punto de llegar.

«Observe, Fore —prosiguió Tzendor—: a los terrestres se les prohibió el armamento con fines interestelares, pero no el libre comercio ni la instalación de industrias. El comercio y las industrias necesitan bancos y

también los tienen en la L.S.P.

«Puedo citarle el Banco Arileano, el Trust de Bancos Hipogalácticos, el Gran Estelar, el Primer Kvinneano, el Interplanetario, sin contar docenas de menores ni los que son declaradamente terrestres. Pera aquellos mencionados en primer lugar son los más importantes y manejan capitales que, en conjunto, importan cientos de miles de billones de créditos, la moneda interestelar que sirve de base para el intercambio.

«Esos bancos, aparentemente, son nuestros, pero están regidos en la sombra por los terrestres, amparados por los hombres de paja que los dirigen a la luz del día y que sólo obedecen las órdenes de quienes les mandan desde la Tierra.

«Tenemos también el Trust Sternfabrick, con factorías de centenares de miles de obreros en los principales planetas de la L.S.P.: la Nueva IG Farbenindustrie, la más poderosa industria química de La L.S.P.; la Mitsubishi Star, la General Motors Galaxy, y varias decenas más de industrias, todas las cuales ocupan a millones de obreros y dan ocupación a su vez, a centenares de industrias secundarias.

«Esas industrias son terrestres, Fore

«Al cabo de trescientos cincuenta años el dinero y la industria son terrestres. Nos han derrotado, así como suena, aunque, aparentemente la L.S.P. goce de una prosperidad inimaginable.

«Pero esa prosperidad está a punto de acabarse. Los bancos suspenderán sus pagos y las industrias se declararán en crisis. Cundirá el pánico monetario y cientos de millones de hombres quedaran sin trabajo. Se producirá el caos económico, llegaremos a los golpes de estado y a los asesinatos políticos y, en suma, la L.S.P. caerá entonces poco menos que en un estado de barbarie, donde sólo el mas fuerte podrá sobrevivir, donde sólo regirá la ley de la fuerza bruta.

«Esto ocurre inevitablemente en épocas de profunda depresión económica. Oh, los terrestres lo sufrieron en su planeta en siglos pasados y aprendieron bien la lección. Aquí, incluso nos quedaremos sin dinero para pagar a las fuerzas armadas y ¿qué harán los soldados entonces?

«Desertar, si no asesinan antes a sus oficiales. O constituir soviets de soldados para instaurar una revolución y conquistar el poder, cosa que no podría suceder sin antes un estallido de sangre.

»La L.S.P quedará profundamente debilitada: aparecerá el hombre y surgirán las enfermedades y las epidemias. Una peleona que pasa

hambre y que no tiene dónde adquirir comida, la busca dónde y cómo sea. La criminalidad aumentará. El desorden cundirá por todas partes. Se producirán choques entre los parados y la fuerza pública… ¿Se imagina el resto del panorama, Fore?

Myl Fore asintió en silencio.

Tzendor continuó:

—Todo esto fue previsto con suma claridad en el Código Gegdson-Danilov. Eran hombres que poseían una vasta experiencia sobre el particular. Lisa y llanamente, la L.S.P. se declarará en bancarrota.

«Entonces intervendrá la Tierra. Apenas tendrá que disparar un tiro. Prometerá restablecer el orden económico y revaluará la moneda, además de dar trabajo a todo el mundo. Lógicamente, exigirá la dimisión del conjunto de incapaces, llamado gobierno, que han conducido a la ruina a la L.S.P. El pueblo, hambriento y desesperado, aceptará cualquier solución.

»La gente con hambre pierde la memoria. No le importará quién gobierne, con tal de que le llene la tripa. Y los terrestres llenarán los estómagos vacíos, serán bendecidos por todos y nos gobernarán, y habrán ganado la II Guerra Galáctica sin, apenas, repito, disparar un tiro.

«Naturalmente, quienes han esperado tres siglos y medio, pueden esperar impunemente veinticinco o treinta años más, que es lo que se prevé durará el período de inestabilidad y depresión. Necesitarán otro espacio de tiempo similar para arreglar las cosas que ellos mismos han estropeado, con el resultado que, dentro de cincuenta años, serán los dueños de todo. Así lo planearon quienes redactaron el Código G-D.

«Ciertamente, nosotros no hemos estado parados. Pero cada vez que hemos querido intervenir, la Tierra ha protestado airadamente de que intentábamos violar las reglas del tratado de paz. Lenta, insidiosamente, se han ido infiltrado hasta haber llegado a dominarnos por completo comercial e industrialmente, es decir, económicamente.

«Y ahora provocarán la depresión y nos enviarán a la bancarrota.

Tzendor encendió un cigarrillo. Fore le imitó.

Al cabo de uno«momentos, Tzendor continuó hablando:

—Aún no se ha producido uno solo de los casos enunciados. Pero ese momento está a punto de llegar. Los sucesores de aquel primitivo círculo de revanchistas han estudiado la situación durante largos años y han acabado por decidir que ahora, en el momento de máxima prosperidad, cuando hay una paz como hacía siglos no conocíamos, es

la hora de pasar al ataque.

«Naturalmente, tienen aquí una vasta red de agentes ocultos bajo la apariencia de altos empleados de banca, directores de cadenas comerciales, ingenieros, científicos… Todos ellos actuarán casi al mismo tiempo cuando reciban la orden, que tiene que llegar de la Tierra. Un enviado especial del Círculo será portador de la contraseña.

»A pesar de todos nuestros esfuerzos, ignoramos quién es el mensajero y cuál será la contraseña. A usted le corresponde averiguar ambos datos, teniendo en cuenta que, con toda probabilidad y, según los informes de nuestros expertos, llega mañana, en la nave «La Pacificadora». Un nombre que resulta irónico en estos momentos, ¿verdad? —sonrió Tzendor.

Fore sonrió también.

—¿Qué es lo que debo hacer, señor?

—Encontrar al mensajero y arrancarle la contraseña. Sin orden, los infiltrados no se atreverán a actuar. Y es preciso que ganemos tiempo para destruir su red y hacer que los bancos y las industrias vuelvan de nuevo a nuestras manos.

—Sí, señor.

—Eso es todo, Fore, salvo que debo advertirle una cosa: los terrestres son despiadados y, si se enteran de que está en el asunto, le matarán.

—Procuraré que eso no suceda, señor —contestó Fore llanamente. Y tras despedirse de su jefe, abandonó el despacho.

II

AL quedarse solo, Tzendor abrió una puertecita lateral.

—Pase, David —dijo.

Un hombre entró en el despacho. Era de buena estatura, pelo oscuro, ojos azules y expresión enérgica y resuelta. David Ruthmore era, para Tzendor, uno de los mejores agentes del Departamento.

—¿Oyó la conversación, David? —preguntó Tzendor con suavidad.

—Perfectamente, sin perderme ni una sola sílaba.

—Entonces habrá comprendido la gravedad de la situación.

—Sí, señor.

—Myl Fore es un agente terrestre —declaró el jefe del Contraespionaje.

Ruthmore permaneció impasible.

—Nosotros hemos tenido ocasión de comprobarlo sin lugar a dudas. Por eso, aparentemente, le he enviado a «recibir» al mensajero que viene del Sistema Solar.

—Comprendo. Usted sospecha que el propio Fore, prevaleciéndose de su posición, pueda recibir y transmitir la contraseña.

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta. También cabe que conozca al mensajero y se limite simplemente a darle escolta, para decirlo de una forma metafórica.

—Entiendo, señor. Y yo debo ocuparme de que ese mensaje no llegue a su destino.

—Eliminando al mensajero si es preciso —ordenó Tzendor con acento implacable.

—Si es preciso, lo haré —contestó Ruthmore calmosamente—. ¿No se sabe quién es siquiera?

—Hasta ahí hemos llenado —sonrió Tzendor—. Los esfuerzos de nuestros mejores agentes se han estrellado ante un muro de silencio. No sabemos si es hombre o mujer, ni tampoco tenemos la menor idea de en qué consiste la contraseña. Sólo sabemos que el mensajero y la contraseña llegan mañana en «La Pacificadora».

—Será cuestión de acudir al Astropuerto y examinar a los pasajeros que embarquen de la Tierra.

—Una labor nada fácil, si tenemos en cuenta que «La Pacificadora» tiene una capacidad de cinco mil plazas.

—Pero hay que hacerlo, señor.

Tzendor suspiro. Se acercó al ventanal y contempló silenciosamente el esplendente panorama de la capital de Arilea. Sus dedos, a la espalda, se movían nerviosamente.

—Hay que hacerlo, David —dijo, al cabo casi de un minuto de silencio—. Si los terrestres ponen en marcha el Código G-D, estamos perdidos.

—Supongamos que logramos impedirlo. ¿Qué se hará en tal caso?

—Bancos, redes comerciales e industrias volverán a nuestras manos.

—¡Hum! —dijo Ruthmore—. Eso suena a nacionalización.

Tzendor soltó una risita.

—También nosotros hemos aprendido mucho de los terrestres —contestó—. Sólo hace diez años que nos enteramos de la existencia de ese famoso Código y desde entonces nos venimos preparando para este momento. No, no habrá nacionalización, sino una reinfiltración. Y los hombres de paja que ahora obedecen a los terrestres, nos obedecerán después a nosotros.

»Dicho esto así, tan sumariamente, suena casi a disparatado, pero también hemos preparado un código para actuar. Y lo pondremos en práctica, apenas hayamos detenido al mensajero e interceptado la contraseña. La Tierra, al no haber nacionalizado, no podrá protestar en absoluto y sus ansias de venganza y de dominio se habrán evaporado, ahora para siempre.

—Comprendo, señor. Ese código… —dijo Ruthmore—, ¿ha recibido por casualidad el nombre de Código Tzendor?

El jefe del Contraespionaje sonrió socarronamente.

—Es usted muy listo, David —contestó.

Ruthmore sonrió también.

—Trataremos de evitar la catástrofe —dijo—. ¿Carta blanca? —preguntó a continuación.

—Carta blanca, pero con discreción, David. Y no olvide una cosa: si los terrestres se enteran de que trata de interferir el Código G-D, su vida no valdrá un décimo de crédito.

—Lo tendré muy presente —contestó el joven—. ¿Algo más, señor?

—No, eso es todo… sólo me resta desearle buena suerte, David.

Ruthmore miró a su jefe.

—Señor, mi padre era terrestre. En cambio, Fore es descendiente puro de arileanos. ¿Por qué ha confiado en mí?

—¿Por qué nos traiciona Fore? —replicó Tzendor—. No, David, usted no nos traicionará; aun siendo hijo de terrestre, le conozco bien y sé que lo primero para usted es la paz de la L.S.P. Es más, incluso aunque hubiese nacido en la Tierra, seguiría pensando igual.

»Los que siguen el Código Gegdsen-Danilov son los verdaderos traidores, nacidos aquí o en cualquier otro lugar de la Galaxia. Y usted no es de ésos, debo reconocerlo y así se lo expreso.

Ruthmore sonrió.

—Le agradezco la buena opinión que tiene de mí —contestó—. Las palabras sobran, así que me conformo con darle las gracias por haberme deseado buena suerte.

Se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, se volvió hacia su jefe y preguntó;

—Señor, es posible que necesite un ayudante. ¿Puedo tomar uno?

—Por supuesto, aunque no es necesario que le diga debe elegirlo a conciencia.

—Oh, en cuanto a eso, puede estar tranquilo. Es mi propia hermana, señor.

Ruthmore vivía en compañía de su hermana Anita en un apartamiento corriente de la ciudad. Mientras se dirigía hacia su casa, pensó en cuanto había visto y escuchado.

Las calles estaban llenas de gente que iba y venía a sus quehaceres.

No se veían vehículos, salvo los imprescindibles. A fin de evitar el cansancio producido por las largas distancias, cada arileano usaba su cinturón antigravitatorio que, suspendiéndolo a unos centímetros del suelo, le transportaba a una moderada velocidad hasta el punto deseado.

Ruthmore llegó media hora después a la puerta de su casa. Maniobró hábilmente y puso los pies en el suelo. Atravesó la puerta y cruzó el umbral.

No había ascensor, aunque sí escaleras. En el centro, un amplio

hueco vertical, permitía a los habitantes del edificio llegar a sus respectivos pisos, con la ayuda del cinturón antigravitatorio.

Ruthmore vivía en el piso quincuagésimo octavo. Era una hora de poco movimiento y podía decirse que era casi el único que usaba el hueco para llegar a su casa.

De pronto, cuando le faltaban solamente un par de pisos, captó un breve destello luminoso que venía de arriba.

Levantó la vista. Vio la cabeza y los hombros de un sujeto, que le apuntaba con un largo tubo oscuro, rematado en un agujero brillante, que parecía la lente de un telescopio de no más de tres centímetros de diámetro.

El instinto, y el recuerdo de las advertencias que Tzendor le había formulado, le hicieron obrar con inusitada rapidez.

Su mano derecha voló al control del cinturón, buscando el mando de desplazamiento lateral. Se sintió empujado a un lado y, en el mismo instante, el tubo vomitó un breve fogonazo.

Ruthmore sintió que cesaba en el acto la sustentación del cinturón antigravitatorio.

Empezó a caer. Hubiese descendido a plomo de no haber sido por el impulso recibido una décima de segundo antes, que transformó la trayectoria vertical en una oblicua.

Extendió los brazos. La barandilla pasó velozmente ante sus ojos. Aún no llegaba.

Alcanzó la del piso inferior. Sus manos se aferraron con fuerza a aquel asidero, cortando en el acto la caída.

Flexionó los brazos con fuerza, saltando a la escalera. Miró hacia arriba.

El hombre, estupefacto, le contemplaba tres pisos por encima de él.

Ruthmore comprendió que estaba desconcertado. Había usado un anulador de energía y, al cesar el flujo de fuerza al sistema antigravitatorio, había cesado la sustentación en el acto.

Era un sistema mucho mejor que una pistola desintegradora. A cualquiera podía pasarle una cosa semejante. Se hubiese tomado por un accidente… pero la rapidez de reflejos de Ruthmore le había salvado la vida.

—No han perdido mucho tiempo en actuar —masculló.

El hombre corrió también hacia arriba.

Sólo tres pisos le separaban de la salida a la azotea. Una vez estuviese fuera, su propio cinturón, en perfectas condiciones, le alejaría

de su perseguidor.

Eran dos hombres jóvenes y fuertes. Perseguido y perseguidor mantuvieron tenazmente las distancias.

El asesino salió a la terraza. En los últimos metros, Ruthmore, no obstante, había ganado terreno y sólo un piso le separaba de su presa.

Salió a la terraza apenas diez segundos más tarde que su frustrado asesino. En aquel momento, el hombre, junto al parapeto, se disponía a lanzarse al aire.

Saltó fuera del parapeto. De repente, cayó a plomo.

Un horrendo alarido llegó a oídos de Ruthmore. El joven corrió y se inclinó fuera del parapeto.

Su atacante caía revoloteando, agitando brazos y piernas, como un gran pájaro herido de muerte. Ruthmore comprendió entonces lo ocurrido.

El anulador había funcionado también para el hombre que lo utilizaba, descargando las baterías de su propio cinturón. ¿Cómo era posible, se preguntó Ruthmore, que hubiese podido suceder una cosa semejante?

No había más que una explicación: los que habían enviado al individuo contra él, habían manipulado previamente en el anulador, haciéndolo de doble efecto.

—Querían que muriese después de haberme matado a mí —resolvió al cabo.

Sí, era la única explicación congruente. «Los muertos no hablan», pensó, mientras abandonaba la terraza.

Llegó a su apartamiento. Abrió la puerta y la cerró cuidadosamente.

—¿Anita? —llamó.

—Un momento, David —contestó su hermana—. Estaré lista dentro de cinco minutos.

—Muy bien, no tengas prisa por mí.

Ruthmore se dirigió a una estantería llena de libros.

Tenía un aparato visofónico sobre una mesilla, pero sólo lo utilizaba para comunicaciones sin trascendencia.

Presionó un resorte. Un estante lleno de libros giró en el acto a un lado, dejando al descubierto un aparato idéntico al que había en el centro de la estancia.

Era un visófono que empleaba con onda especial, que no podía ser interferida ni escuchada. Ruthmore apretó un botón y la pantalla se

iluminó en el acto.

—¿Jefe?

Tzendor le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Sí, David?

—Haga revisar su despacho. Han escuchado nuestra conversación.

Tzendor era hombre de rápida comprensión; no en balde había llegado al puesto que ocupaba actualmente.

—De modo que ya saben todo, ¿eh? —gruñó.

—Sí, señor. Un desconocido intentó atacarme… pero ya le explicaré en otro momento.

—¿Qué ha sido del tipo?

—Muerto, señor. Oh, no lo maté yo; al contrario, me hubiese gustado atraparle vivo: poro quienes le enviaron contra mí, previeron esa posibilidad y lo evitaron radicalmente.

—Comprendo —dijo Tzendor— Bien, le relevaré…

—Perdón, señor —le interrumpió Ruthmore—. Creo que sería mejor dejar las cosas tal como están.

—Hay momentos en los que no conviene jugar con las cartas al descubierto —dijo Tzendor.

—El atentado de que he sido objeto demuestra que sus planes de interferencia son ya conocidos —arguyó el joven—. Por lo tanto recelaran inmediatamente de cualquier otro a quien pudiera encomendarle la misión, teniendo en cuenta el detalle de Myl Fore.

Tzendor se pellizcó el lacio inferior con gesto pensativo.

—Sí, Fore conoce a algunos de mis agentes —dijo—. Demasiado tarde advertimos que jugaba a dos paños.

—En cambio, no creo que nadie sepa que Anita pertenece al Departamento. Cuando menos, Fore no lo sabe.

—Eso es verdad —reconoció el jefe.

—Lo cual significa que, mientras yo doy la cara, mi hermana actuará en las sombras —concluyó Ruthmore.

III

UNA vez hubo devuelto su aspecto normal a la biblioteca, Ruthmore se volvió. Entonces vio a su hermana, que estaba en pie en el centro de la habitación.

—He escuchado casi todo —dijo ella—. ¿Quieres terminar de explicármelo, David?

—Desde luego.

Anita sirvió una copa. Era una hermosa muchacha de veintitrés años, de cabellos castaños y ojos oscuros, nacida, como David, en Arilea, de padre terrestre y madre nativa. La combinación había dado un resultado magnífico en cuanto a apostura física e inteligencia.

Anita escuchó atentamente el relato que su hermano le hizo de cuanto ocurría y podía ocurrir. Cuando Ruthmore terminó, era ya de noche.

—De modo que el mensajero llega mañana —dijo.

—Sí —contestó él.

—Y no se tiene la menor idea de quién pueda ser.

—No.

—Cinco mil pasajeros, más quinientos tripulantes entre técnicos, camareros, cocineros, sirvientes… No va a resultar tarea fácil separar el grano de la paja

—Un solo grano entre toda la cosecha de trigo —sonrió Ruthmore.

Anita tenía las rodillas juntas y los codos apoyados sobre las mismas. Dijo:

—No entiendo por qué hay que esperar a que el mensajero traiga la contraseña. ¿Tan difícil es enviar un mensaje con una sola palabra?

—La contraseña, además mencionará el orden en que deben

producirse las sucesivas perturbaciones económicas y sus actores. Los terrestres no pueden actuar de golpe, so pena de descubrir su juego, cosa que no les conviene.

—Claro —concordó la muchacha—. Al contrario, les interesa hacernos pasar por unos ineptos en cuestiones de economía.

—Exactamente. Y dentro de cincuenta años, ellos, los salvadores, serán los dueños habrán logrado por la astucia y sin recurrir a las armas, lo que no consiguieron con la guerra.

Anita se puso de pronto en pie.

—David, mañana iremos al astropuerto. Cada uno por su sitio, desde luego. Tú observarás a los pasajeros y yo también… Y además registraré la imagen de cada uno de ellos, junto con su molecular.

—¿Por qué la clave molecular?

—Puede servirnos para seguir la pista a determinado individuo que pueda parecer sospechoso.

—Sí, pero tendríamos que atajarle antes de que entregue la contraseña.

Anita sonrió:

—David, hay dos posibilidades —manifestó—. Una de ellas consiste en que el mensajero no conozca al receptor y espere a que este se presente, pero no yendo inmediatamente a su hotel y pidiéndole directamente la contraseña. Sería absurdo esperar un comportamiento semejante.

—Desde luego. No puede obrar así, tan a las claras. Y, ¿cuál es la otra posibilidad?

—Sencillamente, que ni el mismo mensajero sepa que lo es.

Ruthmore analizó las palabras de su hermana.

—Pudiera ser —convino, tras unos segundos de reflexión—. Para los… remitentes, mayor seguridad. Incluso se evitarían una delación, caso de ser atrapado el mensajero quien, ni siquiera tendría por qué saber que era portador de la contraseña.

—Así opino yo —contestó ella, sonriendo.

—Sigue opinando —sonrió David también—. ¿Quién será el mensajero, Anita?

—Hay dos posibilidades, también. Puede ser un sujeto de apariencia corriente, inocua, como llegarán a centenares en «La Pacificadora»… o puede ser una persona de relieve. Su misma celebridad podría servirle para pasar desapercibido, en este sentido, por supuesto.

Ruthmore asintió.

—Tal vez ellos esperen que vigilemos a los sujetos de aspecto y condición corrientes —admitió—. ¿Quién sospecharía, por ejemplo, de alguna celebridad que pudiera llegar a Arilea? Suponiendo que llegue alguna.

Anita sonrió.

—Hay varios. Lo han dado en el último noticiario gráfico: un pintor famoso, un arquitecto genial, dos exploradores galácticos, un reputado científico, una «estrella» de cine… y cuatro mil novecientos ochenta tipos comunes, sin especial relieve, además de quinientos tripulantes.

—Uno de ellos es el grano de trigo —dijo Ruthmore desanimadamente—. No resultará fácil, hermanita.

—Pero localizaremos al mensajero. Tú los observarás a pecho descubierto, en tanto que yo permaneceré escondida.

—¿Dónde?

—En la antidimensión.

Ruthmore frunció el ceño.

—Es peligroso… y más en el momento de la toma de tierra de una espacionave —alegó.

Anita se encogió de hombros.

—Algún riesgo hay que correr —respondió tranquilamente.

* * *

El inmenso trasatlántico espacial, reluciendo como un ascua de plata a la luz de los dos soles de Arilea, descendió lentamente hacia el terreno de aterrizaje, frenado su descenso por el campo antigravitatorio creado por sus poderosos motores.

Era un avión de mil quinientos metros de largo, por doscientos de diámetro. En caso necesario, hubiese dado cabida a un número de ocupantes cinco veces superior, pero los viajes interestelares resultaban un poco largos y era preciso proporcionar todo género de comodidades a los pasajeros.

La principal de ellas consistía en la amplitud de sus camarotes, aparte de salas dedicadas a todo género de distracciones, sin olvidar las varias piscinas que se repartían por todos los puentes del inmenso navío. Los dos meses largos que costaba el viaje de la Tierra a Arilea se soportaban así fácilmente, cosa que no ocurría en los primeros tiempos, cuando el espacio interior era escatimado al máximo.

Los casos de claustrofobia, que en ocasiones habían dado lugar a verdaderas tragedias, habían sido así eliminados. El viaje resultaba agradable y entretenido.

Se abrieron las distintas compuertas y se inició el descenso del pasaje. El «cúter» espacial de los aduaneros había salido al encuentro de «La Pacificadora» y los trámites de documentación, sanidad y declaración de equipaje estaban ya resueltos.

Ruthmore observaba la escena, como un curioso más, desde la gran terraza del astropuerto. La llegada de una espacionave procedente de la Tierra solía ser siempre un acontecimiento. Pese a todo, aquel planeta seguía produciendo en el ánimo de los arileanos una especie de mágica fascinación, que les hacía olvidar muchos de los defectos de sus habitantes y su política expansionista.

Más antiguo que los planetas de la L.S.P., sus artistas y científicos gozaban de una reputación galáctica que nadie les discutía. Hasta el conflicto, había sido más atrasado tecnológicamente que los planetas asociados en la Liga de Sistemas Principales. Pronto, sin embargo, tras la derrota, habían sabido ponerse a la altura de sus rivales.

Pero había algo en que superaban a los planetas de la L.S.P.: tenacidad, astucia e inteligencia, además de sentido comercial. Si no habían sabido o podido ganar la guerra de las armas, estaban a punto de ganar la guerra económica.

Y el resultado sería aún peor para unos; y mejor para otros.

Muchos de los pasajeros usaban gravitaxis. Otros empleaban sus propios cinturones para desplazarse.

De pronto, una gran turbamulta de individuos armados con cámaras fotográficas, de filmar y de televisión, echó a correr hacia la escalera principal del navío estelar. La precisión de las máquinas era tal, que permitía el aterrizaje a corta distancia de los edificios del astropuerto.

Una mujer apareció en lo alto de la escalera. Se oyó un rugido colectivo.

Ruthmore la reconoció enseguida. Era Luisa Ganin, la famosa «estrella, adorada por billones de hombres y envidiada, y hasta odiada, por billones de mujeres».

Era un magnífico ejemplar del sexo femenino, una escultura viviente sin tacha, de ojos azules y cabellos auténticamente dorados, mediante un procedimiento inventado especialmente para ella. Fortunas fabulosas se habían ofrecido por la patente de aquel sistema de tinte para el cabello, pero Luisa Ganin, que era la propietaria, no había querido cederla en absoluto.

Algunos decían que había dado muerte al químico que ideó la fórmula. Otros sostenían que estaba en una casa de salud, enfermo

incurable a causa de los desdenes recibidos de la famosa artista.

Se murmuraba que los suicidios cometidos por su culpa se contaban por docenas y que eran docenas de hombres los que se habían arruinado también por ella, tratando de conseguir sus favores. Habladurías o no, Luisa Ganin, además de su innegable belleza, gozaba de una fama indestructible en el aspecto artístico.

Se le habían atribuido centenares de «flirts». Nadie, sin embargo, podía alardear de haber conseguido de ella algo más que una sonrisa. Nunca se había comprometido con nadie; cada vez que algún avispado periodista había lanzado la noticia, ella, y su agente de relaciones públicas, más las tres secretarias y cuatro doncellas que continuamente viajaban a su lado, lo habían negado rotundamente.

Relampaguearon los flashes y funcionaron las cámaras. La policía del astropuerto tuvo que emplearse a fondo para contener a la ingente multitud que quería contemplar más de cerca a la estrella.

A pesar de todo, el cordón protector amenazó con ceder. Entonces, un gravicóptero se acercó al navío espacial y, situándose justo sobre la escala, rescató a la estrella antes de que el tumulto llegara a extremos irreparables.

La multitud empezó a dispersarse. De pronto, Ruthmore creyó percibir la molesta sensación de ser observado fijamente a corta distancia.

Había mucha gente en aquel lugar. Disimuladamente, Ruthmore trató de mirar en torno suyo.

No tardó en divisar a un sujeto de aspecto corriente, que masticaba un palillo de dientes con aspecto indiferente. El individuo parecía muy atento a las últimas cargas que daba la policía para despejar el campo.

Ruthmore se dirigió hacia la salida más próxima. Al poner el pie en el primer peldaño de la escalera automática, se detuvo para encender un cigarrillo.

Se puso el pitillo en la boca. En el hueco de la mano izquierda, sostenía un pequeño espejito.

El hombre del palillo de dientes estaba tras él. Ruthmore contuvo una sonrisa.

Era un agente de la Tierra. Pero había cometido un error mayúsculo, pese a la sencillez de sus actos.

Un arileano no se hubiera puesto jamás un palillo entre los dientes. Era una vieja costumbre terrestre, aún no del todo en desuso.

—Bien —se dijo el joven—, vamos a ver si le ponemos la mano

encima.

IV

TRANQUILAMENTE, como si no se hubiera dado cuenta de la observación de que era objeto, Ruthmore se dirigió hacia los lavabos.

Detúvose un momento en las inmediaciones, contemplando la dispersión del gentío. Luego entró en los lavabos por la puerta más próxima.

Sólo había un par de hombres, que salieron enseguida. Ruthmore se acercó a un grifo y lo abrió.

Por el espejo vio que su perseguidor entraba en el departamento. Fingió continuar con su labor higiénica.

De pronto, el hombre sacó algo de su bolsillo. Era una pistola desintegradora del último modelo.

El blanco se convertía auténticamente en una nube de polvo, que se disipaba en la atmósfera en cinco segundos. No se oía el menor sonido: ni de disparo ni de impacto.

Ruthmore se agachó, en el momento en que partía el proyectil. Por encima de su cabeza, el espejo se convirtió en polvo.

Ruthmore se arrojó en plancha contra el sujeto. Éste, sorprendido al darse cuenta de que había errado el tiro, dudó.

La cabeza de Ruthmore le alcanzó en pleno pecho, derribándole de espaldas. Pese a todo, el asesino intentó disparar de nuevo.

Ruthmore le asestó un fuerte manotazo en el arma.

El asesino gruñó.

De pronto, Ruthmore sintió un agudo dolor en la ingle. Su adversario, aun tendido en el suelo, había usado la rodilla.

Ruthmore rodó a un lado. El asesino se abalanzó sobre la pistola.

El joven se vio perdido. Un segundo más y se habría convertido en

polvo.

Pero aún tenía una carta que jugar, y precisamente escondida bajo la manga. Estiró el brazo y tensó los músculos.

Se oyó un tenue silbido. Un tubo de aire comprimido disparó una minúscula flecha, impregnada de una solución narcótica.

El agente terrestre se puso rígido. Sus ojos se cerraron y, soltando el arma, se vino al suelo.

Ruthmore se puso en pie. Sudaba copiosamente.

Había estado a un paso de la muerte. De no haber sido por el lanzador de dardos narcóticos, que llevaba sujeto al antebrazo y que disparaba mediante determinada presión, hubiese muerto instantáneamente.

Recogió la desintegradora, puso el seguro y la guardó en el seno. Luego se inclinó sobre el caído y le puso la mano en el pecho.

Frunció el ceño. El corazón de su adversario se había parado.

Miró la cara del individuo. Expresaba un terror infinito.

—Debió de morirse de miedo —murmuró—. Creyó que era una flecha envenenada y…

Le registró apresuradamente. La documentación no le dijo nada de particular, como asimismo los pocos cientos de créditos que llevaba encima. Cualquiera poseía unos centenares de créditos.

De todas formas, se dijo, mientras se escurría silenciosamente, tampoco habría averiguado gran cosa, de haber vivido al agente terrestre. Éste, ni siquiera debía haber conocido al hombre que le había dado la orden de seguirle y matarle.

Incluso cabía que se tratase de un asesino profesional. Los terrestres eran muy dados a tal género de soluciones.

De todas formas, se había salvado. Pero ello le dijo que la persecución sería implacable.

* * *

Regresó a su casa.

Anita había vuelto ya.

—¿Cómo te ha ido, David? —preguntó la muchacha.

—Bien. Quisieron matarme… —Ruthmore sacó la pistola—. Tuve suerte, sin embargo, y conseguí abatir a mi contrincante.

—¿Lo has enviado a Tzendor?

—No. Ha muerto.

El rostro de la muchacha se ensombreció.

—Llevabas un lanzador de dardos narcóticos —dijo.

—Y lo llevo, pero el tipo se murió de miedo.

Ruthmore explicó a su hermana lo ocurrido.

—Esto no va a resultar fácil —dijo ella.

—Lo sé. Pero ahora, cuéntame, ¿qué resultados has obtenido?

Anita sonrió.

—He trabajado como una mula terrestre —contestó pintorescamente—. Pero no creo que se me haya escapado ni uno solo de los viajeros de «La Pacificadora». ¡Uf! Resultó un trabajo ímprobo, manejar nada menos que cuatro cámaras, apuntadas las cuatro a cada una de las puertas de la astronave.

—¿Has traído las cámaras? —preguntó él.

—Claro. ¿Quieres ver los resultados?

—Desde luego.

Se oyó un zumbido.

—Espera — dijo Ruthmore—. Creo que me llama el jefe.

—Iré preparando todo mientras tanto.

Ruthmore se acercó a la biblioteca. Segundos después, contemplaba la imagen de su jefe.

Tzendor le enseñó un objeto. Parecía un alfiler, con la cabeza del tamaño de una bolita de juegos infantiles.

—Localizado el sistema de escucha adversario, David —dijo.

—Buen sistema —alabó el joven—. ¿Dónde estaba?

Tzendor sonrió.

—Era uno de los alfileres con los cuales marco el mapa la situación de mis agentes. ¿Qué te parece?

—Muy astuto. Pero, ¿quién diablos lo colocó?

—Sólo hay una persona que pudo hacerlo.

—¿Myl Fore?

—El mismo.

—¿Cómo, jefe?

—Estaba aguardándome en el despacho cuando yo llegué. Me había llamado el Secretario del Especio Exterior y debió aprovechar mi ausencia.

—Si mal no recuerdo, usted tiene ordinariamente oculto el mapa por un panel que se abre solamente mediante una clave convenida —dijo Ruthmore.

—Así es, pero tal vez Fore, en una ocasión anterior, dejó otro

micrófono, con grabador, para escuchar la clave, que es verbal. Una vez lo consiguió, retiró la grabadora, que sería de mayor tamaño y, averiguada la clave, abrió el panel y colocó la emisora.

—Pero el panel debe de impedir la llegada de sonidos —alegó Ruthmore.

—Teóricamente, así debe ser, pero da la casualidad de que se trata de un trozo de pared de dos metros de altura por cuarto de longitud, sin una vigueta interna ni el menor refuerzo. Esa plancha de metal debe de producir, al otro lado, el efecto de una caja de resonancia, similar al de un fondo de guitarra.

—Comprendo. El sonido se transmite por simple vibración, con toda claridad.

—Exactamente. Pero ahora haré instalar un interferidor de ultrasonidos. Así impediré que nadie pueda escuchar fuera de mi despacho lo que se habla en su interior.

—Muy bien, jefe, es una excelente idea. Yo tengo que darle también una noticia. He sufrido el segundo ataque en veinticuatro horas.

Tzendor frunció el ceño.

—Deberíamos liquidar a Fore —masculló.

—Y sabrían que hemos descubierto que es un agente doble. No, déjele que él mismo caiga en la trampa. Oficialmente, no sospechamos de él.

—Eso es cierto. ¿Cómo fue el ataque, David?

Ruthmore le explicó lo sucedido en el astropuerto.

Tzendor le escuchó en silencio.

—Bien, no hay duda de que tratan de cortamos el paso —dijo, cuando el joven hubo finalizado su relato—. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser el mensajero?

—No, pero hemos realizado una grabación de todos los pasajeros y tripulantes de «La Pacificadora». Ahora vamos a examinarla. Le llamaré apenas sepa algo.

—De acuerdo.

Ruthmore cortó la comunicación.

Volvió al centro de la estancia. Anita había preparado una bandeja con bocadillos y una lata de cerveza.

Ruthmore tomó la lata y contempló la etiqueta estampada en su superficie.

—«Pilsenstar» —dijo—. Otra empresa terrestre.

—No pierden una —sonrió la muchacha—. Anda, come mientras funciona el proyector.

Las cámaras que había empleado la muchacha eran de grabación instantánea. Bastaba sacar el rollo e insertarlo en un proyector, para contemplar en el acto la escena registrada momentos ames.

Además, poseía una peculiaridad especial.

Cada cámara llevaba acoplado un proyector que enviaba unos rayos analizadores sobre la persona, animal u objeto que se filmaba. Era una especie de radar, que captaba los impulsos orgánicos y, al rebotar la onda, después de haber sufrido una menudísima modificación, se registraba en la cinta el nuevo impulso, que era diferente siempre para cada «blanco».

Los impulsos devueltos por cuerpos vivientes eran siempre distintos. Los rayos funcionaban en una longitud de onda inferior a la milésima de milímetro y nunca eran iguales en dos personas. Esto permitía una identificación absoluta, puesto que los impulsos, tras su registro, eran codificados mediante un grupo de letras y cifras, que resultaban siempre idénticos para una persona.

Anita amortiguó las luces y puso en funcionamiento el proyector. Una pantalla de dos metros de lado se iluminó en el acto.

El primer pasajero llegado en la nave terrestre empezó a descender. Al lado de su figura, apareció su cifra molecular.

La ampliación, a tamaño natural, resultaba prodigiosamente detallada. Por otra parte, dado que la grabación era estereográfica, la sensación de relieve hacía parecer que el pasajero observado se hallaba en la misma habitación que los hermanos.

Con paciencia inagotable, David y Anita fueron haciendo desfilar a todos los recién llegados, sin que en su aspecto, indumentaria o equipaje de mano, se notase nada de particular. Uno tras otro, hombres, mujeres y niños, desfilaban ante la pantalla, sin que el cansancio hiciese mella en ambos hermanos.

Tres horas más tarde, se tomaron un descanso para comer un poco. Luego volvieron a continuar la proyección.

—Temo que no habremos logrado nada —dijo Ruthmore, cerca ya del amanecer, mientras saboreaba su enésima taza de café.

—¿Quién sabe? —dijo Anita—. Eran más de cinco mil personas y el examen de alguna de ellas ha durado más de un minuto. El promedio ha sido de diez segundos, no obstante, lo cual es una marca muy aceptable.

—Sí, pero no hemos dado con ninguno que nos parezca el

sospechoso —gruñó él enojadamente.

De pronto, una figura apareció en la pantalla.

—¡Eh, David! —exclamó Anita—. Mira, tu sueño de soltero.

Luisa Ganin acababa de aparecer ante los ojos de los dos jóvenes.

—La verdad es —dijo Ruthmore— que su atuendo no es precisamente el de una dama recatada y puritana.

Anita se echó a reír.

—¡Tonto! ¡Ella es hermosa y lo sabe… y también lo saben su *public relations* y su agente de publicidad! Tienen que exhibir la mercancía, ¿comprendes?

—Una mercancía que está vendida de antemano —rezongó el joven.

—Pero sólo en un sentido, en el artístico. En lo demás, es inaccesible, pese a lo que puedan decir las malas lenguas.

—Demasiada belleza. Una mujer así, tiene que vivir solamente para su hermosura —David terminó la taza de café—. No me gustaría casarme con ella, francamente.

La estrella movió de pronto la cabeza. Un vivísimo chispazo de luz surgió de pronto en la pantalla.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —dijo Anita.

—Su pelo de oro, ¿qué quieres que sea?

—Tienes razón —convino la muchacha—. Debe de representar un problema para las cámaras, cuando actúa.

—Bueno, ese es más bien problema del director de iluminación de la película. Pero no me negarás que tú darías algo bueno por conocer la fórmula que te permitiera aurificar tu cabello, sin causarte el menor daño físico.

—¡Hum! —dijo Anita—. No sabemos, a la larga, lo que puede suceder. Por muy perfeccionados que estén los tintes, nunca benefician al cuerpo humano. Los casos de intoxicación, son tan numerosos como…

—Vamos, vamos —la interrumpió su hermano—, sigue pasando personajes. A Luisa Ganin ya la hemos visto demasiado.

Anita le dirigió una mirada burlona.

—Si te oyera ella, te sacaría los ojos —dijo.

—No tendremos ocasión de enfrentamos —contestó Ruthmore con indiferencia.

V

AGOTADO, DAVID Ruthmore se había ido a dormir, después de haber pasado horas y más horas contemplando a los pasajeros llegados de la Tierra.

Anita también había hecho lo propio. Los dos se habían retirado a sus habitaciones, con la sensación de haber fracasado.

Ruthmore creyó que apenas había cerrado los ojos, cuando sintió que su hermana le zarandeaba nada amablemente.

—David, despierta —dijo Anita—. Vamos, perezoso; tengo noticias para ti.

Ruthmore se sentó en la cama, frotándose los ojos.

—No me digas que el mensajero se ha entregado voluntariamente —bostezó aparatosamente.

—No, pero puede que hayamos dado con él. Cuando hayas terminado tu aseo, acude al salón; te espero allí con la cena… y algo más.

Ruthmore esperó a que su hermana hubiera salido del dormitorio; luego, echó las ropas de la cama al lado y se dirigió al cuarto de baño.

Veinte minutos después, completamente aseado y despejado, aparecía en el salón. La mesa estaba puesta y sobre ella, a un lado, Ruthmore divisó el proyector de noticias.

—¿Qué ocurre, Anita? —preguntó, mientras se sentaba.

Ella le sirvió la sopa. Después, presionó un botón y la pantalla del proyector se iluminó.

—Lee y calla —dijo.

Las noticias escritas alternaban con las gráficas. Era un circuito de televisión destinado únicamente a suplir los periódicos.

Unos grandes titulares aparecieron en la pantalla.

¡LUISA GANIN HA SIDO RAPTADA!

LOS SECUESTRADORES EXIGEN RESCATE. HARRY CORIWAN, REPRESENTANTE DE LA ESTRELLA, HA RECIBIDO UN MENSAJE EN EL QUE SE LE PARTICIPA QUE MISS GANIN SE HALLA EN PERFECTO ESTADO Y QUE NO SUFRIRÁ EL MENOR DAÑO. SIEMPRE QUE, COMO PRECIO DE SU RESCATE, SE ENTREGUE LA FÓRMULA QUE PERMITE DORAR LOS CABELLOS DE LA FAMOSA ARTISTA…

Seguían más detalles del rapto y de la persona de la raptada, pero Ruthmore no quiso seguir leyendo.

—Es bastante, Anita —dijo—. ¿Por qué crees que eso puede tener interés para mí?

La muchacha apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—¿Qué te dije acerca de la posible identidad del mensajero?

Ruthmore frunció el ceño.

—Un tipo corriente… o una célebre personalidad —contestó.

—Bien, ¿quién más célebre en estos momentos que Luisa Ganin?

—Anita, mujer…

Ella se sentó, sin dejar de mirarle.

—David, recapacita. ¿Para qué demonios quieren los secuestradores la fórmula de la aurificación del cabello?

—Bueno, el que la posea, se forrará de millones, Anita; no es necesario ser un lince saber lo que ocurriría en tal caso, si ella decidiese vulgarizar esa fórmula.

—Suponiendo que la hubiese conseguido por medios legales.

Ruthmore se quedó parado un momento.

Empezaba a comprender a su hermana.

—¿Qué quieres decir, Anita? —exclamó.

—Muy sencillo: que el que lance al mercado esa fórmula, para felicidad de miles de millones de mujeres, deberá justificar su posesión de modo legal.

—Claro —murmuró él—. Y si muere Luisa, se dirá que el nuevo propietario de la fórmula estaba en connivencia con los raptores. Y si la dejan en libertad, ella reinvindicará siempre la propiedad.

—Así pienso yo —contestó Anita triunfalmente.

—Lo cual significa que la fórmula no es más que un pretexto para alejar a Luisa Ganin sin levantar sospechas.

—Exactamente.

David dejó la cuchara a un lado.

—Anita, hay algo que me preocupa en todo este asunto.

—¿De qué se trata, David?

—¿Por qué raptar a Luisa Ganin, aun presentando un pretexto tan plausible como el de obtener la fórmula de la aurificación del cabello? Si ella es el mensajero, no se necesitan tantos requisitos para entregar el mensaje… digo yo.

La muchacha sonrió.

—Como siempre, hay dos posibilidades: que lo sepa o que no lo sepa. Si no lo sabe, es que lleva el mensaje encima y deben quitárselo de modo que no la comprometan. Cualquier daño que sufriese Luisa Ganin, repercutiría desfavorablemente para ellos.

—¿Y la otra posibilidad?

—Bien, que lo lleve escondido o grabado de tal manera, que no sea fácil sacarlo a la luz o descifrarlo o ponerlo en condiciones de fácil lectura. Imagínate, por ejemplo, que lo tiene insertado quirúrgicamente en el cuerpo, con su consentimiento desde luego.

—Pero un microfilm, porque el mensaje, así parece lógico suponerlo, ocupa un espacio pequeñísimo. No creo que mida más de un milímetro de ancho por diez de largo, como máximo.

—Y ¿si lo tiene insertado bajo la piel? No olvides que es una estrella de cine y a esas chicas no les gusta la menor imperfección en su epidermis. Por lo tanto, la cirugía estética…

—Me parece que estamos elucubrando en exceso. ¿Qué pasaría si ella no fuese el mensajero?

—Le presentaríamos nuestras excusas y la dejaríamos ir.

Ruthmore miró a su hermana de hito en hito.

—Muchacha, ¿qué es lo que tratas de decirme? —preguntó.

—Simplemente, que vamos a ser nosotros los que rescatemos a Luisa Ganin. Y tenemos medios sobrados para saber si es o no el mensajero, antes de devolverla a la circulación.

Ruthmore se quedó pensativo un momento.

—¿Has trazado ya algún plan? —preguntó al cabo.

—Sí. Escucha…

Anita habló durante unos momentos. Al terminar, su hermano aprobó el plan, aunque con una objeción.

—Tenemos que hacerlo sin ser vistos —dijo.

—¿Cómo? —quiso saber ella.

—Situándonos en la antidimensión.

—¿Por qué no? —sonrió la muchacha—. Es una idea estupenda.

—Muy bien —dijo Ruthmore—. Hablaré con el jefe mientras terminas de preparar todo.

Anita señaló la mesa.

—Termina antes de cenar —dijo imperativamente—. No puedes ir a la guerra con el estómago vacío.

Él se echó a reír.

—El día en que te cases —exclamó—, echaré mucho de menos tus cuidados. Y envidiaré a tu marido.

Ella se puso triste.

—Por ahora no quiero más amoríos —contestó.

—Lo siento. No quería molestarte, hermanita. ¿Aún te acuerdas de él?

Anita suspiró.

—En ocasiones —contestó—. Pero creo que los dos fuimos un par de estúpidos orgullosos. Ninguno quisimos ceder…

—Es una lástima que él no esté aquí —observó Ruthmore—. Podría decirnos mucho sobre ese truco del pelo aurificado.

—Sí, era un buen químico. Debe de ser, supongo —se corrigió ella —. Pero ahora está a cientos de años luz de distancia; no podía vivir mucho tiempo lejos de su planeta.

—Añoranza se llama a ese sentimiento —comentó él brevemente.

Una hora después estaban para la partida. David había sugerido aprovechar las horas de noche para iniciar la campaña de exploración.

Entonces llamaron a la puerta.

Anita miró a su hermano, sumamente intrigada.

—¿Quién puede ser a estas horas? —preguntó. Ya habían pasado de las diez de la noche.

Ruthmore se ajustó el lanzador de dardos narcóticos.

—Si no es amigo, le cantaré una nana —dijo.

Y se acercó a la puerta.

Observó durante unos segundos. De pronto, una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

—¡Cielos! —dijo.

—¿Quién es? —exclamó Anita, corriendo hacia él.

Ruthmore abrió la puerta. La imagen de un hombre joven y de aspecto agradable apareció ante los ojos de los dos hermanos.

—Steve De Mora —dijo David.

—El mismo —contesto el recién llegado. Sonrió de mala gana—. Hola, Anita.

La muchacha permanecía rígida, inmóvil, respirando apenas, en el centro de la estancia. David se dio cuenta de la violenta situación y se echó a un lado.

—Pasa, Steve —invitó—. Lo que sea, debe tratarse dentro de casa y no en la puerta.

—Gracias, David; siempre dije que eras un buen muchacho —De Mora fue a entrar, pero antes volvió la cabeza y miró a ambos lados del corredor—. Parece que conseguí darles esquinazo —manifestó.

Ruthmore cerró la puerta.

—¿A quién has dado esquinazo, Steve? —preguntó.

—Me persiguen, pero… Anita, siento lo ocurrido —se excusó con la muchacha.

—Será mejor que no lo mencionemos —contestó ella secamente—. ¿Quieres tomar algo, Steve?

—Le serviré una copa —terció David—. Siéntate, Steve; ya conoces la casa. Si en algo podemos serte útiles…

—Por eso mismo he venido, David —respondió el recién llegado—. Para que me ayudéis.

Ruthmore llenó una copa y se la ofreció a su visitante.

—No sabíamos que estabas en Arilea —dijo.

—Llevo un par de meses solamente. Me ofrecieron un buen empleo en la factoría arileana de la Nueva I. G. Farbenindustrie… y aquí estoy.

—Vaya —observó Anita cáusticamente—, yo creía que eras tú el que no podías soportar la ausencia de tu planeta querido.

—Anita, por favor, repórtate —la reprendió su hermano.

—Déjala, David, ella tiene razón —dijo De Mora—. Sí, cuando me marché de aquí hace tres años, pensaba de ese modo. Claro que Anita también podía haber cedido un poco y haberse venido conmigo a la Tierra.

—Yo me encuentro muy bien en Arilea…

Ruthmore cortó las protestas recién iniciadas de su hermana.

—Está bien, está bien, dejaos ahora de peleas de enamorados —exclamó—. Steve, antes dijiste que venías a pedirnos ayuda. ¿De qué se trata?

—Del maldito asunto de la aurificación de los cabellos —contestó De

Mora—. Lo creáis o no, yo soy el inventor del procedimiento.

VI

DAVID y Anita se quedaron boquiabiertos al escuchar la revelación de su visitante.

—¡Vaya! —resopló la muchacha—. ¿Quién lo hubiera dicho?

David soltó una risita.

—Bien, hermana, ahora sí que no puedes negarle tu mano. Cásate con él y podrás lucir una cabellera de oro auténtica.

—Es un camelo, el mayor camelo en cuestión de estética que se ha producido desde que Cleopatra de Egipto usaba *henné* para ennegrecer sus ojos y que, como todos saben, no es más que negro de humo, producido por la combustión de los huesos. No hay cabellos estrictamente aurificados, sino teñidos con oro, que no es lo mismo —declaró De Mora.

—De modo que ese tinte o lo que sea no convierte en oro el cabello humano —dijo Anita, estupefacta.

—Le da la apariencia, que no es lo mismo. Aunque, en realidad, no se puede negar que el procedimiento no emplee oro completamente puro.

—Bueno, y ¿en qué consiste ese procedimiento, si se puede saber? —preguntó Ruthmore—. Porque, según creo, sólo una persona tiene la exclusiva…

—Sí, Luisa Ganin —contestó el químico—. Bien, fue una idea que se me ocurrió en un momento de aburrimiento. En resumen, el cabello se moja primero con una solución de resina sintética inerte, que sirve como base adherente a una pulverización de oro reducido a partículas solamente visibles con un microscopio de gran aumento. Ese es el truco y cualquiera que diga que se hace de otra manera miente.

Ruthmore se echó a reír de buena gana.

—¡El chasco que se llevarán algunos cuando lo sepan! —exclamó.

—¿Y no se va el tinte… mejor dicho, el oro que embadurna los cabellos?

—No, a menos que la que lo usa se meta bajo la ducha. Si os habéis fijado, habréis pedido observar que Luisa Ganin, en los dos últimos años, no ha rodado una sola escena con lluvia en sus películas. Aún más, cuando tiene que desplazarse consulta cuidadosamente, bueno, sus agentes, el boletín meteorológico. Como amenace mal tiempo, suspende el viaje.

—¡Qué timo! —se escandalizó Anita—. De modo que basta mojarse el pelo, para que recobre su apariencia natural.

—Sí, la resina que sirve de base es completamente soluble en agua. No quise emplear otra clase, para no dañar el cabello.

—Y el oro ¿cómo se lo aplican? —preguntó Ruthmore.

—Un simple pulverizador, eso es todo.

—Lo que no entiendo es cómo entraste en contacto con ella —observó Anita.

—Bueno, en unas declaraciones que hizo a la prensa en cierta ocasión, alguien dijo que era la estrella de los cabellos de oro. Se me ocurrió escribirla, diciéndole que si quería hacer real la frase del periodista… y me contestó afirmativamente para mi asombro. Una vez hechas las pruebas, me compró el procedimiento y la exclusiva por un buen pico. No fue tacaña, hay que reconocerlo.

—Pero, hombre, ¡podías haberte hecho millonario patentando el procedimiento! —exclamó David.

De Mora dirigió los ojos hacia la muchacha.

—En aquellos momentos, el dinero no era todo lo que me interesaba —contestó.

Anita se puso colorada.

—Bueno, parece ser que hablabas de que alguien te perseguía —dijo, tras un ligero carraspeo—. ¿Qué te ocurre?

—Ya os he dicho antes que la «Farben» me ofreció un buen empleo. Acepté, por dos razones: la económica y… bien, el volver a Arilea. A las pocas semanas de estar aquí, empecé a recibir insinuaciones acerca de mi procedimiento de aurificación del cabello. Como había firmado un contrato con Luisa Ganin, me negué a divulgarlo.

—Eres todo un caballero —sonrió David—. Sigue, Steve.

—Bueno, las presiones aumentaron, de tal modo, que llegaron a

hacerse irresistibles. La «Farben» quiere hacerse a toda costa con la fórmula y sé que no reparará en medios para conseguirlo.

—Y ¿qué hacen sus químicos? ¿No es la empresa química más potente de la Galaxia? —exclamó Anita.

Steve de Mora se echó a reír.

—Es que no se pueden imaginar que el procedimiento sea una cosa tan sencilla. Como todo el mundo, creen que he conseguido convertir en hilos de oro los cabellos de Luisa Ganin y quieren obtener la fórmula para fabricarla en gran escala. Ahora bien, al negarme yo, han pasado, digamos, de las palabras a los hechos. Dos sujetos querían raptarme y los he podido eludir en el último momento. Si me secuestran, me narcotizarán y se enterarán de la verdad. Puede que, despechados, incluso ordenen matarme.

—Y por eso has venido a pedimos ayuda a nosotros —dijo Ruthmore.

—Sí… si podéis prestármela.

—Pero ¿por qué a nosotros precisamente?

—Anita me dijo en cierta ocasión que tú trabajabas en un departamento oficial. Me dio a entender que tenía algo que ver con la policía y…

—No exactamente, aunque se le parece bastante. Steve, ¿te has enterado de las últimas noticias? —preguntó Ruthmore.

—No. ¿Qué sucede? Hace ya algunos días que no me preocupo más que de mi propio pellejo, ya podéis figuraros las razones.

David asintió. Luego dijo:

—Luisa Ganin ha sido raptada. Los secuestradores exigen de su agente, Coriwan, la fórmula de la aurificación del oro.

De Mora se quedó atónito.

—¡Pero eso es una barbaridad! —exclamó.

—Sí, ya me lo imagino. Sin embargo, como los secuestradores creen también en la fórmula…

—Cuando pasen los días y vean que el pelo de Luisa Ganin empieza a tomar su apariencia normal, se darán cuenta del engaño —terció Anita.

—Durante algún tiempo, no ocurrirá nada. El cabello, mientras no se moje con nada, puede ser tratado normalmente: peine, cepillo, rulos, tenacillas… Claro que al cabo de una semana, las raíces aparecerán ya en su tono natural; ella ya se lo teñía antes de usar mi fórmula.

—¿Cuál es? —preguntó Anita, curiosa.

—Negro. Negro como el carbón —contesto De Mora.

David se echó a reír de nuevo.

—Lo que puede la fantasía. Bien, Steve, tendrás que dispensarnos, pero nosotros debemos salir y no podemos posponer ya más nuestra marcha. Quédate en casa…

De Mora se puso vivamente en pie.

—Ah, no, eso no; yo iré con vosotros, dondequiera que os dirijáis. ¡Esos tipos de la «Farben», la verdad, no me agradan en absoluto!

David consultó a su hermana con la mirada. Anita asintió.

—Bueno —dijo Ruthmore al cabo—, puedes venir, pero te advierto de antemano que no va a ser un viaje divertido. ¿Qué armas sabes manejar?

—Una pistola, por lo menos.

—De acuerdo.

Ruthmore le entregó una pistola desintegradora. Luego se inclinó y recogió una pesada maleta que tenía preparada cerca de la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó De Mora, invadido por la curiosidad.

—A la antidimensión —respondió Ruthmore—. ¿Has estado allí alguna vez?

—He oído hablar de ese lugar, pero no he estado jamás, ni se me hubiera ocurrido ir, de no ser por la persecución de que soy objeto —manifestó el químico.

—Rectifico —sonrió David—. Te divertirás. Y también pasarás miedo, porque el viaje encierra muchos riesgos.

—No serán mucho peores que andar por ahí perseguido por los esbirros de la «Farben» —se estremeció el químico.

* * *

Le extrañó que su amigo saliese de casa con una maleta, pero, discreto, no se atrevió a preguntarle por la utilidad de la misma.

Entraron en el ascensor y descendieron hasta el cuarto sótano. Ruthmore abrió la puerta y dejó paso a su hermana y a De Mora. Luego cerró y caminó unos pasos.

Hallábanse en una habitación desnuda de muebles, de forma cúbica, con paredes de cemento, sin ningún adorno y de color verde suave. En el centro había lo que a De Mora pareció un absurdo cacharro volador, pese a que no se le veían alas de ninguna clase.

Era como un gran cajón de paredes y techo transparentes, de más de dos metros de altura por tres de lado. Estaba apoyado en el suelo de la

estancia por cuatro patas de escasamente veinte centímetros de longitud y el grosor de su suelo era un tanto anormal, a juicio de De Mora.

Tenía más de medio metro, con lo que la altura real del extraño artefacto venía a ser en conjunto casi de tres metros. El suelo interior del cajón estaba separado del pavimento de la estancia por un espacio de casi noventa centímetros.

Dentro había dos cómodos sillones y el suelo parecía blando y cómodo de pisar. Los sillones estaban frente a un panel de mandos, dotado de una serie de esferas, interruptores e indicadores, de los cuales De Mora no comprendió nada en absoluto.

—¡Dios santo! —exclamó el químico, atónito—. Y eso ¿qué es?

—El artefacto que nos llevará a la antidimensión —sonrió David.

De Mora miró a su amigo con cierta aprensión.

—¿Se puede volver desde ahí? —preguntó.

—Anita ha ido y ha vuelto. Y yo también —contestó Ruthmore.

—No sé, no sé… —De Mora meneó la cabeza con gesto suspicaz—. En fin, si tú lo dices… Eso de la antidimensión ¿es algo relacionado con lo que vulgarmente se llama la cuarta dimensión?

—Sólo hasta cierto punto —contestó Ruthmore—. El aparato, diciéndolo de un modo gráfico, nos lleva fuera de las tres dimensiones conocidas, pero no llega a la cuarta.

—Se queda a mitad de camino.

—Más o menos.

—Y ¿qué pasa entonces?

—Invisibilidad. Y también variación de tamaño a voluntad, pero sólo en menos, nunca en más.

—Creo que voy comprendiendo. Te metes en ese cacharro, lo pones en marcha y te haces invisible. Luego si te conviene meterte a espiar en casa de un amigo, lo haces más pequeño, entras por el ojo de la cerradura y…

Ruthmore se echó a reír.

—Exactamente, sólo que a mí nunca se me ocurriría espiar en casa de un amigo. Vamos, entra, y sin necesidad de adelgazarte lo suficiente para pasar por el ojo de la cerradura, por ahora.

Anita había manejado ya el mando externo de apertura y la puerta de acceso se había deslizado a un lado. De Mora cruzó el umbral y tomó la maleta que le daba su amigo.

—Ve comprobando los indicadores, Anita —ordenó su hermano, en

el momento en que se disponía a pasar al interior del aparato.

De Mora dejó la maleta en el suelo. Al incorporarse, se volvió y exclamó:

—¡Eh, David! ¿Tienes más invitados?

—No. Sólo nosotros, Steve. ¿Por qué lo dices?

—Entonces, si no hay más invitados, tendrás que rogar a esos tipos que se vayan con la música a otra parte.

Ruthmore se volvió, extrañado por las palabras de su amigo. La puerta se acababa de abrir y tres hombres avanzaban hacia ellos, con no muy buenas intenciones, sobre todo, a juzgar por la pistola que uno de ellos empuñaba con mano firme.

VII

ERA una pistola desintegradora, Ruthmore lo advirtió al primer golpe de vista. Y también advirtió otra cosa.

El sótano en que se hallaban era particular. Nadie podía alcanzarlo sin una contraseña especial, que permitía al ascensor llegar hasta allí.

Y, sin embargo, aquellos tres individuos habían llegado. Inmediatamente, pensó en Myl Fore. «El maldito traidor…»

El tipo de la pistola blandió el arma.

—Bajen —ordenó lacónicamente.

Los otros estaban también armados, aunque debían guardar sus pistolas ocultas bajo la ropa. Situados a ambos lados de su jefe, parecían limitarse a observar, sin actuar hasta que no se lo ordenasen.

Lentamente, Ruthmore se acercó al umbral.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Lo siento —contestó el hombre—. Han tenido mala suerte. Si ese tipo —señaló a De Mora— no hubiese venido a visitarles… Pero está con ustedes y deberá seguirles.

David se volvió hacia su amigo.

—En menudo compromiso nos has metido —gruñó. Dio un paso hacia adelante, pero, de pronto, le falló el pie, al no encontrar nada sólido en que apoyarlo y empezó a caer.

El hombre de la pistola gritó. Trató de apartarse a un lado. Era ya tarde.

Ruthmore le cayó encima, derribándole al suelo.

—¡Vamos, Steve! —gritó.

De Mora no se hizo de rogar. Saltó fuera, con los pies juntos por delante, y alcanzó de lleno la cara de uno de los rufianes.

El sujeto aulló al recibir el impacto. Se oyó un crujido de cartílagos y cayó de espaldas. Inmediatamente, se desinteresó de todo cuanto ocurría a su alrededor y empezó a preocuparse de su nariz, con grandes protestas sonoras.

El tercero trató de sacar su pistola. David, que aún seguía en el suelo, estiró sus piernas, las enredó con las del rufián y le hizo caer sentado en el suelo, quitándole así la iniciativa,

Inmediatamente, tuvo que volver a ocuparse del jefe de la pandilla, que se esforzaba por recuperar el arma. Se lanzó sobre él, pero el sujeto le rechazó de un revés que lo derribó de espaldas.

De Mora disparó el pie, golpeando la mano armada de nuevo. La pistola voló por los aires, mientras el jefe lanzaba un aullido de dolor.

David se puso en pie de un salto. El tercer sujeto sacaba ya su pistola.

Extendió el brazo. Se ovó un leve chasquido y un proyectil narcótico salió disparado al instante de su antebrazo.

El hombre cayó fulminado. Mientras tanto, Ruthmore se peleaba con el jefe a brazo partido.

David se acercó a los dos contrincantes y tocó al jefe en el hombro.

—Amigo —dijo.

El sujeto volvió la cabeza.

—¿Qué diablos…?

¡«Crack»!

El puño De Mora actuó devastadoramente. El sujeto se desplomó en el acto.

—Gracias, David —sonrió De Mora.

—Espera, aún queda un tercero —dijo David.

El último de los rufianes seguía muy ocupado con su nariz fracturada. Para no perder tiempo, Ruthmore le disparó un nuevo proyectil narcótico, que lo durmió casi instantáneamente.

A continuación, Ruthmore recogió las tres pistolas y las arrojó al interior del vehículo dimensional.

—Una bonita pelea —comentó Anita, sonriendo—. Me he divertido mucho.

David se tocó el pómulo izquierdo, hinchado a consecuencia de un golpe.

—Sí, la cosa estuvo animada —reconoció—. Pero creo que, en el fondo de todo esto, hay algo más que una simple cuestión de la patente

de un producto químico para la Nueva I.G. Farbenindustrie.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó De Mora malhumoradamente —. Está bien claro que me perseguían a mí…

—Sí, pero lo que ya no está tan claro es que hayan podido llegar a este sótano. El ascensor no llega hasta aquí, a menos que se conozca la clave que le permite rebasar los tres sótanos que tenemos sobre nosotros. Y somos muy pocos los que la conocemos, Steve.

De Mora se quedó perplejo.

—¿Qué quieres decir, David? —preguntó.

—Las explicaciones más tarde. Anita, por favor llama mediante la clave Zitom Cuatro Cuatro Dos.

—Sí, David.

Ruthmore cerró la puerta cuidadosamente, y abrió la maleta, dejando a la vista una serie de extraños aparatos, que no tenían ningún sentido para el químico. A los pocos momentos, Anita le llamó:

—David, el jefe al habla.

Ruthmore se incorporó. La figura de Tzendor aparecía en una pequeña pantalla situada en la consola de mandos.

—Hola, jefe —saludó el joven—. Lamento interrumpir su sueño, pero era urgente…

—No se disculpe, muchacho —contestó Tzendor—. ¿Qué ha ocurrido?

—Estoy en el cuarto sótano de mi casa, dispuesto a usar el aparato para viajar a la antidimensión. Cuando íbamos a partir, tres sujetos irrumpieron de pronto, intentando estorbarnos el viaje. Ahora están sin sentido.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Envíe a un agente para hacerse cargo de ellos. Si han llegado hasta el sótano, es que conocían la clave del ascensor.

—Myl Fore —mascullo Tzendor—. Él tuvo que decírselo.

—Así lo creo yo, pero no tenemos tiempo para entretenernos con ellos. Ya hemos perdido demasiado y…

—¿Adónde vais? —preguntó el jefe.

—Tenemos una pista. Es posible que sea la buena. Vamos a probar suerte.

—Comprendo. Ojalá todo salga bien.

—Gracias, jefe. Le informaré así sepamos algo.

—De acuerdo. Buen viaje.

—Adiós.

Anita cortó la comunicación.

—¿Listos para partir, David? —preguntó.

—Cuando quieras. Steve, siéntate junto a Anita.

—¿Y tú? —dijo el químico—. Si este cacharro vuela muy rápido, la aceleración…

—No te preocupes; la sensación de velocidad, por grande que sea, desaparece en su interior. Vamos, Anita.

La muchacha empezó a manipular en los mandos. Había un panel, medio metro de ancho, por uno de largo, en el que empezaron a centellear numerosas lamparitas multicolores. Una pantalla redonda se iluminó tenuemente.

De Mora miró una vez hacia arriba. A su llegada al sótano, había descubierto un orificio en el techo, que parecía destinado a la salida de humos. Tenía forma circular y su diámetro era de unos quince centímetros.

Ruthmore le miró y sonrió.

—Sí, por ahí saldremos, Steve.

El químico hizo un gesto de aprensión. Ruthmore le palmeó en el hombro.

—No te preocupes; todo irá bien.

La atmósfera empezó a temblar de pronto. Parecía que el cajón se había sumergido repentinamente en el interior de un líquido de gran densidad, casi transparente, que se agitaba continuamente.

La habitación aumentó de tamaño. De Mora lanzó una exclamación.

—¡Eh, las paredes crecen!

—No, somos nosotros que nos volvemos más pequeños, a medida que nos acercamos al momento de partir.

De Mora tragó saliva. Él se veía del mismo tamaño, pero, súbitamente, el techo y las paredes parecieron hallarse a muchos metros de distancia.

El aparato se elevó. Anita lo condujo con notable habilidad hasta situarlo en las inmediaciones del orificio. Luego presionó un botón y el artefacto se introdujo en el tubo.

La oscuridad les envolvió durante unos segundos. Antes de un minuto, sin embargo, se hallaban ya en el exterior, contemplando las estrellas.

El aparato tembló de pronto, vibrando desagradablemente.

—¡Cuidado, Anita! —dijo su hermano.

La muchacha movió una palanca.

Los temblores cesaron.

—Había dado demasiada potencia al impulsor antidimensional —se excusó.

—Es un mando de suma delicadeza —aclaró David a su amigo—. Un error de una décima de milímetro puede tener consecuencias bastante desagradables.

—Como, ¿por ejemplo…?

—La desaparición total del aparato y de cuantos van en su interior.

—¡Demonios!

Ruthmore sonrió.

—No temas, Anita es un experto piloto. ¿A qué altitud nos encontramos, Anita?

—Mil doscientos metros, David —respondió la muchacha.

—Sube seiscientos más y nivela los volúmenes.

—De acuerdo.

Mientras la muchacha seguía sus indicaciones, David terminó de sacar los aparatos contenidos en la maleta. De Mora vio que eran parecidos a cámaras cinematográficas, montadas sobre una rótula que permitía el libre giro en todas direcciones.

Además estaban provistos de una pantalla circular de unos veinte centímetros de diámetro. Eran dos y David situó los pernos de las rótulas en sendos encastres situados a ambos lados del aparato, a derecha e izquierda del puesto de mando.

—Ven aquí, Steve —dijo Ruthmore—. Mientras Anita pilota, tú y yo nos dedicaremos a observar.

—Observar ¿qué? —preguntó De Mora.

—Estamos buscando a la beneficiaría de tu fórmula, no lo olvides.

—¿Y piensas conseguirlo con esos cacharros?

—Así lo espero. Verás…

Durante un cuarto de hora, David estuvo dando instrucciones a su amigo. Anita había estabilizado ya el aparato y lo mantenía a mil ochocientos metros de altitud.

Repentinamente, De Mora lanzó un agudo grito.

—¡Mirad! ¡Nos han disparado un torpedo!

Ruthmore volvió la vista en la dirección indicada.

Una raya de luz rojiza avanzaba raudamente hacia ellos.

VIII

EL cuerpo metálico se acercó al aparato antidimensional a una velocidad de vértigo. De Mora contempló su aproximación morbosamente fascinado, incapaz de separar su vista de aquella enorme masa de metal que crecía de tamaño a cada segundo que transcurría.

—Haz algo, Anita, por el amor de Dios —gritó convulsamente—. Se nos echa encima…

De Mora divisó una serie de ventanillas iluminadas en la estructura del aparato. El volumen de éste se hizo enorme, colosal.

Durante una fracción de segundo, De Mora vio al aparato delante de sus ojos. Luego aquella visión desapareció, siendo sustituida por una serie de rápidos chispazos de luz, que duró apenas medio segundo.

Luego volvió la oscuridad. En el interior del vehículo antidimensional no se había sentido nada.

—¿Qué… qué ha pasado, David? —balbuceó.

Ruthmore se echó a reír.

—Era un expreso aéreo de pasajeros. Hemos pasado a través, como habrás podido apreciar por las luces de su interior.

—¿Y no… nos ha hecho na… nada?

—Ya puedes verlo. El expreso aéreo estaba en su dimensión normal, mientras que nosotros nos hallamos en la antidimensión.

—Pero lo hemos visto…

—Y también puedes ver el panorama. Pero, en cambio, nadie nos puede ver a nosotros. Somos invisibles, Steve.

De Mora se palpó el cuerpo.

—¡Pues yo me veo a mí mismo! ¡Y también os veo a vosotros! —gruñó.

—Es claro, puesto que te encuentras en el mismo sector antidimensional. Pero fuera del aparato, no conseguirías ver nada. Anda, Steve; Anita tiene que ocuparse de los mandos. Tú y yo nos encargaremos de las máquinas cámaras de observación.

—Sí, claro… —De Mora sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor de su frente—. He pasado un pánico espantoso.

—Me lo imagino. Bien, ya conoces la clave; apenas la veas en la pantalla, avísame.

—De acuerdo.

David y Steve se situaron en sus respectivos puestos de observación dándose la espalda. Los objetivos de la cámara podían ser movidos de tal forma, que cada uno abarcaba un campo de 180° con lo que, en conjunto, las dos cámaras podían explorar un círculo completo.

Pasaron dos largas horas. Las pantallas, aunque iluminadas, se mostraban de una inactividad absoluta.

Antes de ponerlas en funcionamiento, David había insertado en la detectora la cifra que deseaba localizar. Sólo aparecería en la pantalla cuando la persona a quien se buscaba cayese dentro del campo de acción del objetivo de la cámara.

Al cabo de una hora más, De Mora preguntó:

—¿Qué pasaría si ella no estuviese por aquí?

—Bueno, nos desplazaríamos a otro sector. Pero creo que no debe hallarse muy lejos de la capital. En el campo, por supuesto.

—¡Hum! ¿No se tratará de un truco publicitario? Recuerda que es una estrella, David.

—Sí, lo sé, pero, cuando la localicemos, pronto podremos comprobarlo.

Transcurrió otra hora más.

—Pronto amanecerá —dijo De Mora.

—Un momento —exclamó David.

La intensidad de la pantalla varió con distintas alternativas. David movió el objetivo ligeramente y, de pronto, vio surgir ante sí una serie de letras y cifras, que componían una clave que se sabía de memoria.

—Bueno —dijo satisfecho—, ya la tenemos.

Anita bloqueó los mandos y abandonó su sillón.

De Mora se acercó a David y contempló las indicaciones de la pantalla.

—De modo que ahí está —murmuró.

—Sí. —David estaba consultando las indicaciones de una especie de colimador, acoplado a la cámara—. Ésa es la dirección correcta.

Anita estudió las indicaciones de los aparatos de observación.

—Está al pie de Sierra Sturmang —dijo.

—Allí hay bastantes villas de recreo. Es un lugar muy pintoresco y… ¿Puedes orientar el aparato, guiándote por estos datos, Anita?

—Desde luego.

La muchacha volvió a su sillón y el aparato antidimensional se puso en movimiento.

La silueta de la Sierra se hizo visible cuando las sombras de la noche empezaron a retroceder. Guiado por la mano hábil de Anita, el aparato se desplazaba sin desviarse un centímetro de su trayectoria.

Treinta minutos más tarde, se detenían sobre la vertical de una casa de campo, de lujoso aspecto, situada en un paraje encantador.

Estaban a pocos metros de altura y pudieron observar el panorama sin el menor obstáculo. Una cascada caía de las montañas, pasaba por las inmediaciones del edificio y se perdía hacia el valle.

—¿Nos estarán viendo? —preguntó Steve.

—No temas —respondió David—. Mientras no salgamos fuera, continuaremos siendo invisibles.

Un hombre abrió la puerta en aquel momento. Dio un par de pasos afuera, estiró los brazos y bostezó.

—¿Le inutilizamos? —preguntó Anita.

—No, espera —decidió su hermano—. Vamos a perder tamaño, a fin de observar antes todo con detenimiento.

—Sólo faltaría que Luisa no fuese el mensajero —dijo la muchacha aprensivamente.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó De Mora.

—Luego te lo explicaremos. Vamos, Anita —habló David—, empieza ya a…

Ruthmore se calló de pronto. Alguien llamaba al hombre desde el interior.

El sujeto desapareció en la casa. Poco después, volvía a salir con un par de palas en la mano.

—¿Adónde diablos va? —masculló De Mora.

Antes de que pudieran adivinar sus intenciones, dos hombres más salieron de la villa, llevando en brazos el cuerpo de un tercero.

Ruthmore se quedó sin aliento.

—¡Dios mío! ¡Es Fore!

El aparato se hallaba escasamente a diez metros del suelo, lo que les permitía divisar la escena con toda nitidez. Myl Fore estaba muerto, así lo indicaba claramente la pequeña mancha redonda, de color rojo ya oscuro, que se le veía en el centro de su pecho.

Sus brazos se balanceaban fláccidamente mientras era transportado por los dos sujetos. Éstos se dirigieron a un punto situado al otro lado de la casa y luego, sin más ceremonias, lo lanzaron al suelo.

Dos se quedaron para cavar la tumba. El tercero regresó a la villa.

—Si no me equivoco, eso ha sido un asesinato —dijo De Mora.

—El pago de una traición —contestó David.

—¿Traición? ¿A quién?

—Lo siento, Steve; por el momento, no puedo ser más explícito.

Fore había sido amigo suyo, pensó Ruthmore. Le había dolido enterarse de que era un traidor, pero también le dolía que hubiese muerto de una forma tan canallesca.

—Ya no les hacía falta y se deshicieron de él —opinó en voz alta.

Anita movió la cabeza afirmativamente.

Luego dijo:

—¿Entramos en la casa, David?

—Sí, cuando quieras.

La muchacha maniobró hábilmente con el aparato. Una vez más, De Mora vio que los objetos que les rodeaban aumentaban exorbitantemente de tamaño.

El aparato se acercó al edificio. Éste parecía tener una altura inmensa, contemplado desde la pequeñez a que habían llegado los ocupantes del vehículo antidimensional.

El aparato, reducido al tamaño de una cabeza de alfiler, penetró a través de la cerradura. El vestíbulo parecía poseer unas dimensiones fabulosas.

De Mora no podía hablar; sentía un nudo en la garganta. Parecíale estar padeciendo una pesadilla.

Examinaron varias habitaciones. Al fin, encontraron a un sujeto armado, sentado al lado de una puerta cerrada.

La actitud del sujeto era la de un centinela. Burlándole con su tamaño infinitamente pequeño, pasaron a la otra estancia.

Luisa Ganin dormía apaciblemente en una cama.

—Parece una giganta de cuento infantil —observó De Mora, riendo.

Los dorados cabellos de la artista yacían esparcidos sobre la almohada, como un abanico que despedía singulares destellos. Luisa Ganin estaba vestida; sólo usaba un traje de una sola pieza, muy escotado y sin espalda, de un diseño audaz y color negro aterciopelado.

Sus zapatos yacían al pie de la cama. Un brazo sobresalía del lecho y pendía inmóvil. Respiraba sosegadamente.

—Bueno, Anita, ponnos en tamaño natural.

La habitación recobró sus dimensiones normales. De Mora dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

—¡Uf! ¡Menos mal!

Ruthmore hizo deslizar la puerta a un lado y salió fuera del aparato.

—Señorita Ganin.

La artista abrió los ojos y le miró.

—Vaya, un tipo nuevo —comentó—. Menos mal que tiene mejor aspecto que los otros.

—Le agradezco las observaciones acerca de mi físico —contestó Ruthmore, sonriendo—, pero no pertenezco a la pandilla de secuestradores. Todo lo contrario; hemos venido a rescatarla. De este modo, no tendrá que entregar la fórmula de la aurificación del cabello.

Luisa le miró interesadamente.

—De modo que han venido a rescatarme… ¡Oiga! ¿Está hablando en plural? ¿Dónde se han quedado los otros?

Ruthmore volvió un poco la espalda. Se echó a reír.

—Dispénseme —contestó—. Olvidaba que no puede verlos. Me llamo David Ruthmore. Ahí adentro están mi hermana y un amigo, precisamente conocido de usted, señorita Ganin.

—¿Dónde están? —Luisa le miró desconfiadamente—. Oiga, usted parece un buen chico, pero un poco tocado de la cabeza…

Ruthmore se inclinó y tomó los zapatos.

—Póngaselos, nos vamos —dijo.

La artista se sentó en el borde de la cama.

—No le comprendo en absoluto, pero, si me va a sacar de aquí, bendito sea, muchacho.

—¿Le han hecho algún daño, señorita Ganin? —preguntó David interesadamente.

—¿Quién, ésos? No, no me han tocado, aunque no era agradable estar con ellos. Oiga, ¿adónde me van a llevar desde aquí?

—Primero, a mi casa. Luego la devolveremos a su hotel.

—Y ¿por qué no primero a mi hotel? Luego, si quiere invitarme, acudiré a su casa con mucho gusto…

—Le explicaré los motivos por el camino. ¿Está ya lista?

Luisa se puso en pie.

—Como estar, lo estoy, pero sigo pensando en que esto no me gusta del todo. No le conozco a usted…

—Yo se lo garantizo, señorita Ganin —habló De Mora súbitamente.

Luisa soltó un chillido.

—¡Eh! ¿Qué le pasa a ese hombre? ¡¡Sólo tiene medio cuerpo!!

David masculló algo entre dientes. De Mora se había asomado parcialmente fuera del aparato, que continuaba en la antidimensión, y sólo se le veía el torso. De la cintura para abajo, su cuerpo desaparecía como si no existiese.

—Métete dentro —ordenó secamente.

Steve desapareció. Luisa volvió a gritar.

—¡Estoy soñando! ¡Ése es el sujeto que me vendió la fórmula para dorar el pelo!

—Sí, el mismo, pero…

Luisa retrocedió un paso.

—No me fío —insistió—. ¿Adónde quieren llevarme? ¿No serán tan secuestradores como los que me han traído aquí? Y, además, ¿por qué no se dejan ver del todo? ¿Es que son unos fantasmas?

Ruthmore hizo un gesto de resignación.

—¡Anita! —llamó.

—¿Sí, David? —contestó la muchacha.

—¿Quién es esa mujer? ¿Es que está en el mundo de ultratumba? —gritó Luisa.

—Por favor, no alce la voz. Podrían oírla y se echaría todo a perder —rogó David—. Anita, vuelve el aparato a la dimensión normal.

—Al momento —contestó la muchacha.

Los ojos de Luisa se desorbitaron cuando vio aparecer ante sí aquel enorme cajón de vidrio, con dos personas en su interior.

—Esto es cosa de magia —dijo, estupefacta.

En aquel momento, Anita lanzó un grito:

—¡David, cuidado!

El joven volvió la cabeza.

La puerta acababa de abrirse y el secuestrador que vigilaba el dormitorio de la artista apareció bajo el dintel, armado con una pistola

desintegradora.

IX

EL secuestrador sufrió un fuerte sobresalto al ver a tres personas más donde no debía haber nadie más que la artista. Su asombro aumentó al contemplar aquel extraño cajón, casi totalmente transparente, cuyo tamaño superaba ampliamente al de la puerta y ventanas de la estancia.

Para el sujeto, resultaba incomprensible la forma en que había llegado hasta allí aquel extraño cajón. Pero, a su modo, había recibido unas órdenes y se dispuso a cumplirlas.

Maldiciendo las voces y los gritos que habían atraído la atención del vigilante, David se arrojó decididamente hacia él, bajando la cabeza.

El rufián disparo. Su proyectil pasó rozando los hombros del joven y fue a estrellarse contra la estructura del aparato antidimensional.

David y su antagonista rodaron por el suelo. El arma se escapó de las manos de su dueño, al que David redujo a la impotencia con un buen puñetazo asestado en la mandíbula.

Poniéndose en pie, recogió la pistola y retrocedió.

—¡Vámonos, Anita! ¡Steve, encárgate de la señorita Ganin!

—Sí, David. Vamos…

Luisa retrocedió un paso.

—¡No quiero ir con ustedes! —chilló.

Ruthmore se hartó. Cambiándose la pistola de mano, estiró el brazo derecho.

La artista recibió el dardo narcótico.

—¿Qué…?

Ya no pudo decir más. Cerró los ojos y empezó a caer.

De Mora estiró los brazos y consiguió recogerla, antes de que tocase el suelo. Luego la introdujo en el aparato.

Súbitamente, Anita lanzó un grito:

—¡David!

Ruthmore corrió hacia su hermana.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ella le señaló la consola.

—La descarga alcanzó los circuitos de tránsito a la antidimensión —dijo.

El rostro del joven se contrajo.

—Es un grave contratiempo — dijo.

De Mora había dejado a la artista en el suelo del cajón y se acercó a ellos.

—¿Significa eso que este cacharro está averiado?

—Totalmente inservible —gruñó David.

De Mora contempló el puesto de mando.

—Al menos —dijo—, recibió la descarga que, de otro modo, hubiera pulverizado a Anita, cosa que no me habría agradado en absoluto.

—¡No te las des ahora de generoso! —le apostrofó ella—. Estoy segura de que no te hubiese importado…

—¡Callad! —gritó David—. ¿Es que no podéis dejar vuestros problemas personales para mejor ocasión? Steve, hazte cargo de la artista. Yo iré delante, para evitar disgustos.

De Mora recogió nuevamente a Luisa Ganin, a la que había dejado antes en un sillón, después de narcotizada, y siguió a David, que ya se asomaba a la puerta de la estancia.

—No se ve a nadie —observó.

—Es que los sepultureros están trabajando en su cementerio particular —contestó Anita.

Llegaron al salón principal.

—Quedaos aquí —ordenó el joven.

Salió de la casa y se acercó a la próxima esquina. Los rufianes no se veían todavía.

Caminó un poco más. En la parte posterior había un cobertizo en el que se albergaba un aeromóvil. Ruthmore se dijo que debía llevárselo, a fin de poder escapar.

La puerta estaba cerrada. Tras algunas vacilaciones, se decidió a emplear la pistola.

Disparó oblicuamente, para que los efectos secundarios de la descarga no alcanzaran al vehículo que había al otro lado. La cerradura

y media puerta se volatilizaron de inmediato.

Entró en el cobertizo y, volviéndose hacia afuera, deshizo de dos disparos más lo que quedaba de la puerta. Luego entró en el aeromóvil y ocupó el puesto de conducción.

Levantó el aparato unos centímetros del suelo y lo hizo avanzar lentamente, a paso de carreta. Viró hacia su derecha, recorrió toda la longitud de la casa y dobló la próxima esquina.

Entonces vio a uno de los forajidos que salía del edificio, pistola en mano.

El individuo le vio a él también. Levantó su mano armada.

Ruthmore fue mucho más rápido, aunque no usó ningún arma; no tenía tiempo de emplear su pistola y, además, el primer disparo se habría perdido al deshacer el vidrio frontal de la cabina.

Pisó el pedal de aceleración y el aparato saltó hacia adelante. El forajido intentó echarse a un lado, pero ya era tarde.

El aeromóvil le golpeó en un costado, lanzándole contra unas matas cercanas con inenarrable violencia. Ruthmore refrenó en el acto la marcha del vehículo y lo hizo retroceder, hasta situarlo frente a la puerta.

En aquel instante, el otro secuestrador aparecía bajo el umbral, pistola en mano. David comprendió que en aquella ocasión no podría arremeter contra el individuo, so pena de echar abajo la casa o destrozar el aparato.

El forajido le apuntó con la pistola. De pronto, algo llegó volando del interior de la casa y se estrelló contra su nuca, rompiéndose luego en mil pedazos. El rufián se desplomó instantáneamente.

Ruthmore detuvo el aparato y saltó fuera. Anita le miró sonriente desde el umbral.

—Te he salvado de una buena, ¿eh? —dijo.

David se acercó a ella.

—Ha sido el lanzamiento de jarrón más oportuno que he visto en mi vida —contestó—. ¿Qué os ha pasado?

—Esos dos tipos aparecieron de pronto —explicó la muchacha—. Se conoce que el otro les avisó o recelaron algo, el caso es que, mientras tú estabas al otro lado, ellos aparecieron apuntándonos con unas pistolas. No podíamos hacer nada más y…

—Comprendo. Bien, tenemos que irnos; ya no podemos perder más tiempo. Esperadme dentro del aparato.

Inclinándose, registró al rufián que había recibido el impacto del

jarrón, el que sólo padecía un desvanecimiento. Le quitó la pistola, pero no encontró encima nada que pudiera darle una pista acerca de la identidad de su jefe.

Ruthmore tenía la impresión de que aquellos tres individuos eran unos asalariados. En sí, no le importaba demasiado la identidad del que les había enviado a ejecutar el rapto de Luisa Ganin; la artista le importaba más, aunque…

¿Qué pasaría si luego resultaba que ella no era el mensajero?

Prefería no pensarlo. Pero un sexto sentido le decía que no podía equivocarse; que el truco del secuestro era demasiado burdo para hacerlo pasar por legítimo a sus ojos y a los de cualquier sujeto enterado de la cuestión.

La gente sí lo creería. O no, podía pensar que se trataba de un ardid publicitario; pero nadie podría relacionarlo con el golpe maestro que los terrestres estaban a punto de llevar a cabo. De todas formas, había tomado ya una decisión y no podía echarse atrás.

Se acercó al último de los secuestradores. Estaba muerto. El poderoso impacto del aparato le había hundido la caja torácica.

Ruthmore no lo sintió demasiado; a fin de cuentas, el sujeto le habría matado sin piedad, de no habérsele adelantado él. Recogió también su pistola y regresó junto al aeromóvil.

En aquel momento, el secuestrador desvanecido empezaba a dar señales de vida. Ruthmore alzó la mano.

—Esperadme unos momentos.

Se acercó al individuo y esperó a que se sentase en el suelo. Al cabo de unos momentos, el rufián le miró con ojos turbios.

—Hola —sonrió Ruthmore.

El hombre llevó la mano a su costado derecho. Ruthmore movió la cabeza.

—No, la tengo yo —dijo, agitando levemente la pistola que sostenía con la mano derecha—. ¿Quién mató a Myl Fore?

El secuestrador apretó los labios. Ruthmore le apuntó con la pistola al centro de la cara.

—¿Quieres quedarte sin cabeza? —preguntó duramente.

El hombre se amedrentó.

—Yo no fui…

—¿Quién, alguno de los otros dos?

—Sí. Dorden le vio y le esperó oculto. Cuando entró, le apuñaló y…

—¿Quién es Dorden? Y ¿cómo te llamas tú?

—Dorden es… el que vigilaba a la artista. Mi nombre es Ronnan.

—¿Quién os ordenó secuestrar a Luisa Ganin?

—¿Cómo? —Ronnan parecía extrañado—. ¿Por qué pregunta una cosa semejante?

—No irás a decirme que el secuestro fue idea vuestra, ¿verdad? Si se hubiese tratado de pedirle unos cuantos millones como rescate, aún lo habría creído; pero queríais que os entregase nada menos que la fórmula de la aurificación del cabello. Vamos, no me tomes por tonto, hazme al menos ese favor —gruñó Ruthmore.

—No teníamos ningún jefe, se lo juro. Belyad nos habló de la idea hace tiempo ya, cuando se anunció la llegada de la artista desde la Tierra. Él dijo que, si le sacábamos la fórmula y se la vendíamos luego a alguna empresa importante, podíamos sacar una buena cantidad de dinero…

—Belyad era el tercero, ¿no?

Ronnan asintió. David meneó la cabeza.

—No creo en absoluto una sola palabra de lo que me dices —manifestó—, pero tampoco puedo perder más tiempo contigo.

Estiró el brazo derecho y le disparó un dardo narcótico. Ronnan cayó hacia atrás a los pocos segundos.

Ruthmore volvió al aeromóvil.

—¿Qué ha dicho el tipo? —preguntó Anita.

—Ha contado una historia demasiado retorcida para que pueda admitirla —puso en marcha el aparato y relató las respuestas del secuestrador—. No acabo de creerlo por completo —insistió.

—Y ¿por qué no? —exclamó Anita—. Pedir dinero habría resultado tal vez demasiado comprometido; en cambio la fórmula…

—De todas formas, tenemos a la artista con nosotros y eso es lo que importa. —Ruthmore hizo que el aeromóvil adquiriese una gran altura —. Luego veremos a ver si ella es o no el mensajero.

—¿Adónde vamos? —quiso saber De Mora.

—Éste no es el camino de la capital —observó Anita.

—Ya lo sé. Antes de devolver a la artista, quiero hablar con ella y en un lugar nada accesible. Anita, ¿recuerdas el Cañón Karsers?

—Sí, claro —contestó la muchacha—. Hace mucho tiempo que no hemos estado allí.

—Ésta es la ocasión de verlo de nuevo —sonrió él.

El aparato volaba a gran velocidad. En pocos minutos, salvaron los afilados picos de Sierra Sturmang, cubiertos de nieve en su mayoría, y pasaron al otro lado.

El suelo era terriblemente accidentado. Apenas si había un lugar donde un hombre pudiera poner los dos pies a la vez.

Poco después, Ruthmore hizo evolucionar el aparato por encima de un profundísimo desfiladero, que medía unos quinientos metros de anchura en su parte más amplia. El fondo se hallaba aún mucho más lejos, casi a mil metros, y apenas si se podía divisar el arroyo que corría por el centro, salvo como la figura de un hilo de plata.

Las paredes caían a plomo en la mayoría de los sitios. Era una gigantesca grieta, de aspecto tenebroso, dando el tono oscuro general de las rocas, pero, al mismo tiempo, poseía una belleza y un encanto realmente singulares.

El desfiladero parecía no tener fin, tanta era su longitud. Reduciendo la velocidad, con una hábil maniobra, Ruthmore se adentró en él, descendiendo unos doscientos metros.

Un kilómetro más adelante, divisaron una manchita blanca en el paredón de roca. Ruthmore disminuyó aún más la velocidad.

Pocos momentos más tarde, divisaron una casa colgada en el abismo. Estaba apoyada en un saliente en forma de peldaño, el único que había en centenares de metros a la redonda.

Otro saliente, una gran roca ancha y plana, que parecía una losa gigantesca, protegía a la casa, cubriéndola por completo. A la derecha de la misma, una cascada, que llegaba de las montañas, se desplomaba en el abismo.

El viento soplaba ligeramente, desflecando el agua y vaporizándola a medida que perdía altura. El paisaje poseía una belleza indescriptible.

Ruthmore realizó una hábil maniobra y posó el aparato en una estrecha plataforma suspendida sobre el abismo, en el mismo saliente en que se había edificado la casa.

—Bien, ya hemos llegado —dijo, lleno de satisfacción.

X

STEVE DE Mora depositó el inerte cuerpo de la artista sobre un diván. Luego se acercó a la ventana más próxima, que daba directamente sobre el abismo, y miró hacia abajo.

—¡Cielos! Por nada del mundo quisiera caerme por aquí —exclamó.

—Llegarías convertido en albóndigas —sonrió David—. Anita, prepáranos algo de beber, ¿quieres?

—Desde luego.

Ruthmore entró en una de las habitaciones de la casa, modestamente decorada, aunque con todas las comodidades. A los pocos momentos, salió con una jeringuilla de inyecciones en la mano.

—¿Es vuestra la casa? —preguntó Steve.

—De la familia Ruthmore —contestó David—. La construyeron nuestros padres a poco de casarse. El lugar merece la pena, ¿no?

—Si tuviese dinero, pagaría una millonada por la propiedad —contestó Steve admirativamente.

—No está en venta —sonrió David. Se inclinó sobre Luisa Ganin y le aplicó la inyección—. Bueno, dentro de unos momentos, se le habrán pasado los efectos del narcótico.

Anita volvió en aquel momento con una bandeja y cuatro copas. Ruthmore tomó la suyo y bebió a pequeños sorbos.

Un minuto después, Luisa Ganin abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Con unos amigos, señorita Ganin —respondió el joven—. Me llamo David Ruthmore. Le presento a mi hermana Anita y, en cuanto al señor De More, creo que ya lo conoce usted.

Luisa miró a Steve.

—Sí, le tengo visto…

—¡Estas artistas! —murmuró De Mora con fingido pensar—. Ni se acuerda ya del hombre que le vendió la fórmula para hacer que sus cabellos fuesen como el oro.

—Ah, sí, ahora caigo —contestó Luisa. Frunció el ceño—. Creo que dejamos saldada nuestra cuenta, ¿no?

—Por lo que a mí respecta, tiene usted razón. Pero aquí no pinto nada —contestó el químico—. Es con el señor Ruthmore con quien debe entenderse.

Luisa volvió los ojos hacia David.

—Está bien. ¿Cuánto? —preguntó.

Ruthmore le entregó una copa.

—No se trata de dinero, sino de algo más interesante —contestó.

—Le aseguro que no le entiendo. ¿Es que forman parte de una banda rival?

—En cierto modo —admitió el joven con una sonrisa. Esperó a que Luisa hubiese bebido y continuó—: Señorita Ganin, tengo que hacerle algunas preguntas, pero le ruego considere como estrictamente confidencial todo lo que se hable aquí.

Ella le miró fijamente durante unos instantes.

—No soy una lumbrera, pero esto me huele a espionaje o algo por el estilo —murmuró—. Está bien, ¿de qué se trata?

Ruthmore decidió no emplear palabras vanas e ir directamente al grano. Era lo mejor, pensó.

—Se trata de un mensaje —contestó—. Sospechamos que usted pueda ser la portadora y nos interesa conocer su contenido.

—¿Un mensaje? —repitió la artista, extrañada—. ¿De qué trata?

—A ver si te has equivocado, David —terció De Mora.

—A mí me parece que sí —exclamó Luisa—. En mi vida oí hablar de tal mensaje…

David frunció el ceño.

Luisa parecía sincera. ¿Se habían equivocado, en efecto, como sostenía Steve?

De pronto se puso en pie.

—Anita, te dejamos con ella. Regístrala de pies a cabeza, por favor.

—Sí, David.

Luisa intentó protestar.

—Si creen que me voy a someter a un humillante registro que…

—No tiene otra opción —atajó el joven—. ¿O prefiere que el señor De Mora y yo estemos presentes?

—A mí no me importaría en absoluto —rio Steve.

Se oyó el chasquido de una bofetada.

—¡Sátiro! —gritó Anita, ofendidísima—. Decir eso, delante de mí…

—Hombre, yo creí que ya no te importaba nada —sonrió De Mora, sumamente satisfecho.

—Les aseguro que no entiendo en absoluto lo que pasa aquí —dijo Luisa—. ¿Es que se han vuelto locos todos?

—Alguien nos está enloqueciendo, en efecto —gruñó Ruthmore con acento de descontento—. Salgamos, Steve.

Pasaron a una habitación inmediata. David empezó a manipular con una copa, en la que puso un poco de licor, agregando luego el contenido de un tubito de vidrio, que parecía la ampolla de un inyectable médico.

—¿Qué es eso? —preguntó Steve interesadamente.

—El registro que está haciendo Anita es más bien pura fórmula. Sospecho que si Luisa es la portadora del mensaje, lo es de una manera inconsciente.

—¿Qué es lo que quieres decir, David?

—Quizá lo grabaron en su subconsciente, hipnotizándola previamente. Ese mensaje, por tanto, no saldrá a la superficie, hasta que Luisa sea hipnotizada de nuevo…

—Puede que tengas razón, pero no dejes de calcular otra posibilidad, que podría dar al traste con tus suposiciones —dijo De Mora.

—¿Cuál, Steve?

—Tú ya sabes lo que pasa con las personas hipnotizadas, sobre todo, si el hipnotizador es persona de gran potencia mental. Aunque Luisa lleve el mensaje en su subconsciencia, cosa que pudiera ser cierta, lo más probable es que no lo pronuncie ni aun hipnotizada, hasta que alguien diga delante de ella una palabra o una frase clave, que libre las inhibiciones a que ha sido sometida durante el proceso de hipnotización.

Ruthmore sonrió.

—Contaba con ello, pero esta droga es lo suficiente fuerte para anular cualquier prohibición…

En aquel momento se oyó ruido de muebles derribados. Sonó un agudo grito.

—¡David!

Los dos hombres se lanzaron fuera de la estancia.

Anita yacía en el suelo y se esforzaba por ponerse en pie. Luisa corría hacia la salida.

Antes de que pudiera alcanzarla, cruzó la puerta.

—¡Se va a matar! —exclamó De Mora, aterrado.

Ruthmore cruzó la estancia en cuatros zancadas.

Al llegar a la puerta, vio que Luisa, con el rostro terriblemente pálido, volvía de nuevo hacia la casa.

—Me rindo —dijo desmadejadamente—. ¿Adónde me han traído ustedes?

Ruthmore la tomó por el brazo y la condujo al diván.

—Es nuestra casa de recreo y retiro —sonrió—. El paisaje es muy bonito, ¿verdad?

Ella le dirigió una mirada suplicante.

—Creí que me moría de susto cuando llegué al borde de la plataforma. ¡Nunca había visto un abismo semejante!

—Pero no se puede negar que el panorama es encantador —dijo el joven—. Espere, le daré una copa para que se reponga.

Luisa movió la cabeza afirmativamente. David entró en la otra habitación y salió con la copa en la mano.

Anita hablaba con De Mora.

—Me atacó inesperadamente y me derribó, escapando antes de que…

David se acercó a la artista.

—Beba, esto la dejará como nueva —dijo con acento persuasivo.

Luisa llevó la copa a los labios y e ingirió el contenido de un solo trago. Hizo una mueca y dijo:

—Será bueno, pero tiene un sabor repugnante.

David sonrió.

—La culpa es del fabricante, que no supo añadir la dosis conveniente para disimular el sabor de la droga.

—¿Qué droga, señor Ruthmore?

—Una que la hará hablar, aunque usted no quiera. Y le aseguro que nos contará todo lo que sabe, señorita Ganin.

La artista le miró con ojos dilatados por el asombro.

—¿Me han narcotizado otra vez? —preguntó.

—Más o menos —sonrió David—. Tiéndase en el diván, por favor; dentro de un minuto, estará durmiendo de nuevo como un leño, pero

puede tener la seguridad de que despertará antes de una hora y que no sentirá en su organismo ningún efecto pernicioso. Por favor…

XI

ANITA encendió un cigarrillo y se lo pasó a su hermano. David inhaló el humo y lo expulsó lentamente.

Cruzadas las manos sobre el pecho, Luisa Ganin descansaba con aspecto apacible. David tomó una silla y se sentó a su lado.

—Señorita Ganin, ¿me oye usted? —preguntó.

—Sí.

—Debo hacerle algunas preguntas. Ninguna de ellas será de índole personal.

—Adelante.

—Sospechamos que es usted la portadora de un mensaje de importancia. ¿Qué sabe al respecto?

—Nada.

—Se trata de un mensaje cifrado.

—No sé nada.

—Un mensaje comercial.

—No sé nada.

—Alguien la hipnotizó a usted en la Tierra. ¿Quién fue?

—No me ha hipnotizado nadie.

—¡Está mintiendo, señorita Ganin!

—No miento.

—Sí, miente. Sus palabras son tan auténticas como el color de su pelo.

Un súbito estremecimiento sacudió a la artista.

—No sé nada, no sé nada —insistió una y otra vez.

—Le ordenaron que diera esas respuestas. Pero usted conoce el mensaje, conoce el mensaje… ¡USTED CONOCE EL MENSAJE!

¡PRONÚNCIELO!

—¡No! ¡No sé nada!

Anita tomó el brazo de su hermano.

—David, déjala. No conseguirás nada. Está hipnotizada y la droga es lo suficientemente fuerte para anular cualquier orden anterior.

Ruthmore se pasó un pañuelo por la frente empapada de sudor.

—Tal vez lo lleva inserto bajo la piel, pese a que ya discutimos esta posibilidad negativamente en otra ocasión —dijo.

—Quizá —admitió Anita—. ¿Qué duración tienen los efectos de la droga?

—Una hora o más, salvo que se la anule con el antídoto.

—Creo que será suficiente —dijo la muchacha.

Abandonó la sala y regresó a los pocos momentos con una potente lupa en la mano.

—Fuera los hombres —dijo sonriendo.

David y el químico salieron a la explanada. De Mora ofreció un cigarrillo a su amigo.

—Esa chica no sabe nada, convéncete de ello, David —dijo.

Ruthmore asintió en silencio. El convencimiento de que había cometido un mayúsculo error, iba posesionándose poco a poco de su ánimo.

Pero si Luisa Ganin no era la portadora del mensaje, ¿qué otra persona lo había traído a Arilea?

Durante un buen rato, charlaron desanimadamente, con largas pausas de silencio. Arriba, en las cumbres, unas nubes se desflecaban al pasar por los picachos. La catarata se desplomaba, lanzando chorros de vapor, que eran arrastrados caprichosamente por el viento. El ruido sonaba monótonamente en medio del absoluto silencio del desfiladero.

Una hora más tarde, Anita salió de la casa.

—He examinado su piel centímetro a centímetro —manifestó—. Con esa lupa, por bien disimulada que estuviese la cicatriz, no me habría pasado desapercibida.

—Lo cual significa que el mensaje no viene en un microfilme insertado bajo su epidermis —dijo Ruthmore.

—Así es, David.

—Entonces, nos hemos equivocado.

Un profundo silencio siguió a las últimas palabras del joven. El viento silbó repentinamente y su silbido pareció un fúnebre lamento,

profecía de siniestros males.

El mediodía había pasado ya. Después de unos minutos de reflexión, Ruthmore dijo:

—En cuanto despierte Luisa, nos iremos.

—Muy bien —accedió Anita—. Iré a preparar todo.

Volvió a la casa, dejando a los dos hombres solos en la explanada. De pronto, David creyó divisar un chispazo metálico en las alturas.

Levantó los ojos. Steve había captado también el destello metálico.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Un punto negro evolucionaba sobre ellos a gran altura. Al dar una vuelta, los rayos de uno de los dos soles de Arilea incidieron sobre él durante una fracción de segundo.

Anita salió en aquel momento.

—Luisa ha despertado ya. ¿Nos vamos?

Ruthmore alzó una mano.

—Espera. Estamos observando…

—Si es un aeromóvil, se dirige hacia nosotros —dijo de Mora.

—Es raro —observó la muchacha—. Nadie sabe que estamos aquí.

—Tal vez se trata de algún paseante inofensivo —opinó David.

—En todo caso, no está bien de la cabeza. Picar a semejante velocidad es una locura… ¡Cuidado! —gritó Steve de pronto.

Una raya blanquecina surcó el aire con terrible velocidad. David apenas si tuvo tiempo de arrojarse contra Anita y derribarla al suelo.

Sonó una terrible explosión. El aeromóvil estacionado a pocos metros se convirtió en una masa de rugiente fuego.

—¡Nos atacan con cohetes! —gritó David.

Se puso en pie de un salto, contemplando con aire consternado las llamas que envolvían el aparato. El aeromóvil atacante se remontaba para atacar de nuevo.

Steve le agarró por un brazo.

—David, nos han dejado bloqueados —dijo.

—Vámonos —exclamó el joven—. Si nos damos prisa, aún tenemos una escapatoria.

Luisa salía de la casa en aquel instante.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sido ese ruido…?

Vio el fuego y calló en el acto. David corrió hacia ella y la cogió por un brazo.

—Tenemos que irnos, señorita Ganin —dijo—. No sé quién es, pero

sí conocemos sus intenciones.

La artista estaba sumamente pálida.

—Esto no es lo que me prometieron cuando salí de la Tierra —dijo.

—Lo siento; las explicaciones vendrán más tarde…

Una terrible explosión, que sonó encima de sus cabezas, le interrumpió en el acto.

—El cohete ha estallado sobre la marquesina de roca —dijo Anita—. Deprisa, David.

Steve corría ya tras la muchacha, atravesando la casa. David agarró la mano de Luisa y se la llevó a remolque.

Cruzaron el edificio de parte a parte y salieron por una puerta posterior a una especie de callejón formado por la casa y el muro rocoso que había tras la misma. Anita iba en cabeza y se dirigió a un estrecho sendero tallado en la roca, que se adentraba a sus inmediaciones.

—Este es un camino de escape preparado para un caso de urgencia —explicó David a la artista.

La oscuridad les envolvió casi en el acto. Nuevamente tembló la tierra cuando el aparato atacante descargó otro de sus proyectiles.

Algunas piedras se desprendieron del techo de la grieta. Luisa gritó, alarmada.

—Aquí no hay ocasión para tener miedo —dijo David, con ánimo de tranquilizarla.

—No la habrá, pero yo lo tengo —contestó la artista.

David se echó a reír.

—Esa confesión desmiente sus palabras —dijo—. No son muchos los que dirían lo mismo en semejantes condiciones y… Mire, ya se ve la salida.

Una chispita de luz se divisaba al extremo del túnel. Repentinamente, un espantoso crujido, que hizo retemblar la tierra con la violencia de un terremoto, les hizo vacilar y agarrarse a las paredes para no caer al suelo.

Detrás de ellos, se produjo un derrumbamiento de tierras, que cegó la grieta. El suelo continuaba temblando, aunque la vibración empezó a disminuir gradualmente.

—¡David! —gritó Anita.

—Estamos bien. Seguid.

La luz aumentó. David respiró aliviado.

Por fortuna, el derrumbamiento se había producido a sus espaldas,

con lo que la salida estaba garantizada. De haberse producido ante ellos, su situación se habría tornado dificilísima.

Poco más tarde, Anita salió a una especie de hoyo natural abierto en las rocas.

—¡No te muevas de ahí, Anita! —ordenó David.

La muchacha y Steve se detuvieron en el acto. David y Luisa les alcanzaron segundos más tarde.

—¿Por qué no seguimos? —preguntó Anita.

—Me imagino lo que ha sucedido —respondió su hermano—. La losa de piedra ha cedido, aplastando la casa y segando la galería de escape. Es posible que los ocupantes del aeromóvil que nos han bombardeado, evolucionen todavía un rato, para ver si hay supervivientes.

—Comprendo —murmuró Anita.

—La salida de la grieta no es visible desde el aire, a menos que se conozca su existencia. Por lo tanto, estamos seguros aquí, hasta que se hayan marchado nuestros atacantes.

Luisa se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la roca.

—De todas formas, no se puede negar que resulta divertido y emocionante en extremo. Cuando vuelva a la Tierra, tendré mucho que contar —dijo.

—Admito lo de emocionante, pero no hay nada de divertido en algo que nos ha podido costar la vida —contestó Ruthmore, con acento de severidad—. Estas cosas no son para ser tomadas a broma.

—Debería usted encontrarse en mi pellejo, señor Ruthmore. Entonces sabría lo que pienso de todo lo que me está pasando.

David se encogió de hombros.

—Lo siento. Le guste o no, usted es un peón en el juego… ¡Y le aseguro que no hemos sido nosotros quienes hemos comenzado la partida!

—¡Pero me han hecho tomar parte en ella!

—Repito que lo siento…

—David —terció Anita—, en lugar de discutir tanto, ¿por qué no exploras el terreno? —miró a la artista y sonrió—. Señorita Ganin, dispénselo; está un poco nervioso.

Luisa sonrió también.

—Creo que todos lo estamos; esos cañonazos destrozan los nervios del más templado.

David movió la cabeza.

—Empiezo a verla de modo muy distinto a como la pinta la propaganda —dijo—. Está resultando una mujer y no una diosa sofisticada.

—Siempre he sido una mujer, hasta que me convirtieron en el ídolo de cientos de millones de personas. La fama agrada, pero, a la larga, cansa.

—Me agrada su modo de pensar —dijo Ruthmore sobriamente. Y luego se dirigió hacia la salida.

El hoyo era de paredes muy empinadas y tenía unos cincuenta metros de profundidad. David asomo la cabeza con precaución, sin ver nada sospechoso en el cielo.

Empezó a trepar por un sendero que era escalera en más de un sitio. Poco después, llegaba al borde del hoyo.

El cielo estaba desierto. No se divisaba el menor rastro del aparato atacante.

Caminó un par de cientos de metros, hasta llegar al borde del desfiladero. Miró hacia abajo.

La enorme losa que había protegido a la casa yacía parcialmente sobre la explanada, quebrantada por las descargas. El edificio había sido literalmente aplastado por la pesadumbre de aquella masa rocosa, que pesaba cientos de toneladas.

Meneó la cabeza. La situación no era para ser contemplada con optimismo.

Estaban en el corazón de la Sierra, en medio de un paraje sumamente abrupto y en el que no existían los caminos. Además, estaba deshabitado.

David sabía que había una pequeña ciudad, Karilvea, a unos treinta kilómetros de distancia, ya en las llanuras. Pero intentar llegar a pie hasta allí era soñar con algo punto menos que imposible.

No obstante, era preciso hacer algo. Carecían de víveres y de elementos para acampar. Las noches en la Sierra, además, eran terriblemente frías.

—Cuanto antes emprendamos la marcha, será mejor —decidió finalmente.

Y emprendió el camino de regreso para buscar a sus forzados compañeros de aventura.

XII

LA hoguera ardía alegremente.

Antes de llegar la noche, David y Steve habían buscado ramas secas, consiguiendo unos buenos brazados, no sin un duro trabajo. Encender la hoguera había resultado aún más laborioso.

Tuvieron que recurrir al primitivo procedimiento de las brasas de un cigarrillo, con la que prendieron unas minúsculas astillas, desmenuzadas con los dedos.

—Si hubiese arrojado ese cigarrillo en medio de un bosque, se habría producido un incendio forestal en cinco minutos —comentó De Mora melancólico, mientras sudaba por conseguir que brotase la primera llama.

Pero al fin, habían logrado sus propósitos y estaban sentados o tendidos en torno a la hoguera. Con los brazos en torno a las rodillas, Luisa contemplaba las llamas con expresión pensativa.

—No lo entiendo —dijo de pronto, como si hablase consigo misma.

—¿Qué es lo que no entiende usted? —preguntó Ruthmore.

—Los motivos del ataque —respondió la artista—. Supongamos que, efectivamente, yo soy la portadora del mensaje. En tal caso, ¿por qué atacamos, con la intención de matarme a mí también?

Hubo un momento de silencio. Al fin, Ruthmore contestó:

—Sólo hay una explicación posible: Usted es, efectivamente, la portadora del mensaje.

—Sí, pero lo lógico sería proteger mi vida y no tratar de quitármela —arguyó Luisa.

—El mensaje viene tan hábilmente escondido, que ni usted misma sabe que lo transporta. Ahora bien, los que la convirtieron en mensajero

contra su voluntad, mejor dicho, aprovechándose de su ignorancia, no quieren correr el riesgo de que, tras una cuidadosa investigación, acabemos por encontrarlo. Prefieren que muera; ya encontrarán otro mensajero más seguro.

—Quien ha esperado tres siglos y medio, puede esperar un año o dos más —agregó Anita.

—¿Quién ha esperado tanto tiempo? ¿De qué se trata? —exclamó Luisa, atónita.

—Perdone, señorita Ganin —dijo David—, pero es un asunto que no se puede revelar, sin la debida autorización.

—¿Secreto de Estado?

David asintió sonriendo.

—Digámoslo de ese modo —contestó.

—No me gusta —Luisa hizo un mohín de desagrado—. Bastantes problemas tengo ya con mi existencia ficticia y antinatural, para que, encima, me la compliquen con asuntos de espionaje.

—De modo que no le gusta la vida que lleva, ¿eh? —murmuró Anita.

—Al principio, sí. A toda mujer le gusta ser famosa, adulada, llevada en triunfo por todas partes… pero luego ve la realidad y se siente hastiada. Hablo de una mujer normal, como yo creo ser.

Luisa suspiró.

—La fama y el dinero siempre agradan, ¿para qué negarlo? Pero luego una empieza a pensar y ve que la han convertido en un animal de lujo, en un objeto de exhibición, en una cosa que es de todos y no es de una misma… No, no es como para sentirse contenta al cabo del tiempo, aunque una haya llegado ya a la fama.

David arrojó un par de ramas a la hoguera.

—Siempre está a tiempo de renunciar —dijo.

Luisa se encogió de hombros.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. Formo parte de una cadena, el eslabón más brillante, si se quiere, y no puedo romperla ya. Tengo que seguirla hasta el final, hasta que el público se canse de mí… o hasta que surja una competidora que me desbanque y empiece a perder el interés que ahora despierto. ¡Ojalá fuese mañana mismo! —concluyó Luisa amargamente.

—Está usted un poco deprimida y eso es lógico en las actuales circunstancias —sonrió David—. Trate de dormir, mañana verá cómo se siente mejor.

—Me esforzaré por seguir su consejo —sonrió Luisa—. Pero aquí

hace mucho frío.

—La hoguera estará encendida toda la noche —aseguró Ruthmore solemnemente.

Los hombres apenas si durmieron, ocupados en renovar la provisión de leña. Cuando amaneció, David y Steve se sentían exhaustos.

—Y no tenemos ni un mal bocado para llenar en parte el estómago —gruñó De Mora con aire descontento.

—Hay caza en la Sierra —dijo David—. Lo importante es encontrar una pieza.

—¿Y cómo la cazarás? Sin armas…

David sonrió, a la vez levantaba un poco el brazo derecho.

—Narcotizaré a la pieza —contestó—. El resto será sencillo. ¿Vamos?

Apagaron los restos de la hoguera, echándoles tierra encima, y reanudaron el camino, con grandes dificultades, dado lo accidentado del terreno. Había que pisar con mucho cuidado, para no caer en alguna de las profundas cortaduras que surcaban la Sierra en todas direcciones.

David guio a la pequeña columna de nuevo hacia las inmediaciones del desfiladero.

—Tiene un objeto —dijo—. El cañón desemboca en un profundo valle, que se ensancha luego en la llanura. Al final, está la ciudad de Karilvea. Siguiendo el curso del río, no podemos perdernos.

—Descender hasta el fondo será lo difícil — opinó Anita.

David torció el gesto. Su hermana tenía razón. Deberían dar más de un rodeo para conseguir su propósito. No creía que llegasen a Karilvea antes de la noche siguiente y eso con mucha suerte.

Cuando llegaban a las inmediaciones del desfiladero, Steve levantó la mano.

—A esconderse — dijo—. Hay enemigos en las alturas.

David agarró a Luisa por la mano y corrió al abrigo de una roca cercana. Los otros le siguieron en el acto.

—Vaya —comentó Anita—. Esta vez son dos, en lugar de uno solo.

—¿Vendrá a rematar la tarea? — apuntó Luisa.

Los aparatos perdían altura rápidamente.

—Es raro —comentó David—. Se dirigen hacia las colinas de mi casa.

—¿Qué diablos querrán hallar allí? —exclamó Steve—. El que nos bombardeó, observó todo concienzudamente y tuvo que creer que

estamos muertos.

La casa se hallaba a unos cinco kilómetros de distancia. David conocía su emplazamiento, pero no la hubiese divisado ni aun continuando intacta. Pero si podía advertir la trayectoria de los aeromóviles, de los cuales uno le pareció desusadamente grande.

Había demasiada distancia. El primer aeromóvil desapareció de su vista, precisamente por dicho motivo. El otro se veía solamente como un puntito brillante.

—Se han detenido en el lugar del bombardeo —dijo Anita, al cabo de unos momentos—. ¿Qué diablos quieren hacer allí?

—Tal vez son tan gentiles que van a desescombrar las ruinas y reconstruir vuestra casa —expresó Steve irónicamente.

Ruthmore se mordió los labios.

—Me faltan un par de buenos prismáticos… —masculló.

—¡Espere! —gritó Luisa de pronto.

El joven se volvió a mirarla.

—Yo puedo proporcionarle esos prismáticos que necesita —dijo la artista. Se llevó las manos a las orejas—. ¿Ve estos pendientes?

Luisa se quitó uno. Aparentemente, era una costosa joya, con un gran diamante en el centro.

Le entregó el primer pendiente y luego la pareja.

—Me lo regaló un admirador —dijo—. Los diamantes tienen una talla óptica… un antojo de rico que no sabía qué hacer con su dinero. Siempre serán diamantes, me dijo, aunque con ellos pueda hacerse un pequeño anteojo en un momento de capricho o necesidad.

David observaba las joyas con expresión absorta.

—Esto sí que es combinar el lujo con la utilidad —exclamó De Mora sarcásticamente.

Luisa le miró con indignación.

—En estos momentos, David habría dado una buena suma por conseguir los prismáticos que tanto precisa, ¿no?

Steve gritó. Anita acababa de clavarle el codo en el costado.

—Está bien, está bien —dijo De Mora, conciliador—, no hay motivos para tanto…

—Se van a casar, ¿eh? —observó Luisa, sonriendo.

Anita se puso colorada.

—¿Casarme, yo, con ése… ése…?

—Sí, te casarás con él, pero ahora cállate —dijo David

enérgicamente—. Quiero ver lo que hacen esos tipos con toda tranquilidad.

Colocó los pendientes uno a continuación del otro, ambos delante del ojo izquierdo. Cerró el derecho y procuró ajustar los diamantes de modo que le dieran el foco correcto de visión.

El singular aparato óptico así conseguido tenía doce aumentos. Merced a aquel improvisado anteojo, David pudo ver con toda claridad la escena que se desarrollaba en las inmediaciones de su casa destruida por el bombardeo.

El aeromóvil más pequeño, se había detenido en la parte alta, donde se iniciaba la marquesina de roca, ahora abatida. El aparato más grande, se mantenía suspendido en el aire.

—Es una excavadora aérea —dijo, lleno de asombro.

—¿Qué están buscando? —preguntó Luisa, no menos atónita.

—Un momento, por favor —pidió el joven.

La excavadora aérea estaba provista de dos grandes palas, que arrojaban al vacío los trozos de roca y los escombros de la casa. Varios individuos, de pie en la plataforma, se movían de un lado para otro, provistos de palas individuales, también mecánicas, con las cuales colaboraban en la labor de desescombro.

—El jefe se ha enterado de lo sucedido y trata de hallar nuestros cadáveres —dijo David, sumamente complacido.

—No se puede negar que es un hombre atento —sonrió Luisa—. ¿De qué clase piensa celebrar el funeral?

—De la mejor, claro, pero dejaremos que pasen aún muchos años antes de que llegue esa ocasión. Entretanto, ¿por qué no les hacemos señales, a ver si vienen a recogernos?

—¿Con qué? —preguntó Steve.

—Señales de humo —dijo Anita.

—¿Humo? —repitió David—. Como no peguemos fuego a las rocas…

El lugar era completamente árido, sin una sola mata o arbusto al que prender para obtener el humo necesario y que su presencia fuese advertida.

—Objetos brillantes —sugirió Luisa—. Reflejos y demás.

Ruthmore alzó la vista.

—No vale; tenemos los soles a nuestra espalda. Deberían estar por lo menos a un costado, pero nuestra posición impide las señales por medio de destellos luminosos.

—Bien —exclamó Anita—, entonces, no nos quedará otro remedio que volver por donde hemos venido. No va a resultar agradable, pero es la única cosa que podemos hacer en estos momentos.

—De acuerdo, pero antes esperad un poco —pidió Ruthmore.

Volvió a observar el trabajo de la excavadora aérea. De pronto, vio que el otro aparato alzaba el vuelo y se deslizaba con gran lentitud hacia un punto situado a espaldas del emplazamiento de la casa destruida.

El aeromóvil desapareció de repente de la vista del joven. En un segundo, Ruthmore comprendió lo que había sucedido:

—¡Han encontrado la salida de escape! —exclamó.

Los otros le rodearon con gran excitación.

—Vamos, habla —le acudió su hermana—. Cuenta lo que están haciendo, no nos tengas sobre ascuas.

David continuó la observación. Así pudo informar de la casi total limpieza de la explanada, en donde sólo habían quedado las ruinas de inferior tamaño.

La excavadora grande suspendió su tarea, remontándose unos cuantos metros. Entonces, los individuos armados con palas revolvieron a conciencia los escombros.

Minutos más tarde, el aeromóvil pequeño salió del embudo y se acercó a los trabajadores. Pese al aumento del singular catalejo, David no conseguía distinguir los rostros de las personas.

Uno de los trabajadores habló con alguien que viajaba a bordo del aeromóvil. Segundos más tarde, todo el grupo se dirigió hacia la excavadora gigante, en la que embarcaron sin más dilación.

—Ahora, cuando sobrevuelen este lugar, será la ocasión de hacerles señales con algún objeto brillante —dijo Anita.

Luisa empezó a buscar entre sus ropas algo que pudiera servirles para el fin propuesto.

—Salí de aquella casa con tantas prisas, que olvidé mi bolso de mano. En él tenía un espejito —se lamentó.

David no hizo caso de las quejas de la artista. Continuaba observando a los dos aeromóviles, los cuales se habían elevado a cosa de cien metros del antiguo emplazamiento de su casa.

De pronto, vio que subía a lo alto una columna de humo y tierra. Sus acompañantes observaron el fenómeno también, sin necesidad de catalejo.

—¿Qué es eso? —exclamó Steve, asombrado.

David bajó las dos manos.

—Dentro de unos segundos —contestó—, oiremos el trueno de la explosión—. Han terminado de volar el túnel de escape.

Anita le contempló con una singular expresión pintada en su rostro.

—Entonces, no eran amigos tuyos los que estaban allí —dijo.

Antes de que David pudiera contestar algo, los dos aparatos emprendieron un rápido vuelo, que les llevó a perderse de vista en contados segundos. En aquel instante, David, por un oscuro presentimiento, casi se alegró de que no hubieran sido vistos.

Tenía la convicción de que, en tal caso, los asesinos habrían rematado la tarea.

El trueno de la explosión les llegó al mismo tiempo que los aparatos se convertían en unos puntitos diminutos, que pronto dejaron de verse.

XIII

RENDIDOS, al borde del agotamiento, los cuatro expedicionarios avistaron en el crepúsculo las ya no muy lejanas luces de Karilvea.

Luisa se dejó caer al borde del arroyo. Quitándose los zapatos, sumergió los pies en el agua.

—Tengo que descansar un poco —dijo—. De lo contrario, no podré caminar los pocos kilómetros que nos faltan aún para el final del viaje.

Había resultado agotador, era preciso admitirlo. La escabrosidad del terreno y su aridez, habían sido factores que habían contribuido poderosamente al cansancio, lindante con la extenuación, que padecían los componentes del grupo, en especial las mujeres.

En aquellos dos días, todo su alimento había consistido en una especie de conejo nativo, que David había conseguido atrapar, mediante un bien dirigido dardo narcótico: La carne del animal, asada, sin más condimento, había sido engullida la víspera con verdadera voracidad.

Desde entonces, no habían probado bocado.

Ruthmore se sentó al lado de la artista.

—Antes de una hora —dijo—, estaremos en Karilvea. Entonces, podrá comer todo lo que le apetezca, darse un buen baño…

—Un baño —sonrió Luisa—. Tengo un hambre terrible, pero no podría pasar un solo bocado, sin permanecer antes sumergida una hora en la bañera.

—Todo se puede compaginar. Que le sirvan la comida mientras se baña.

—Tal vez lo haga; no es mala idea —aprobó ella.

—Y luego, a recibir a algún emprendedor periodista, que se habrá enterado de su presencia en la ciudad.

—¿Crees que habrá periodistas en Karilvea?

—Al menos, algún corresponsal de agencia. Es una ciudad pequeña, de unos cuarenta mil habitantes, bastante bonita, por cierto. Si no fuese por mi empleo, yo viviría allí, se lo aseguro.

Luisa le dirigió una penetrante mirada.

—Ah, sí, lo había olvidado —exclamó—. Está empleado de agente secreto, ¿no?

—Algo por el estilo —sonrió Ruthmore.

—¡Qué miedo! —dijo ella en broma—. ¡Mira que confundirme con una terrible espía! Y, ¿qué debía traer yo a Arilea, si se puede saber?

—No, no se puede saber, y menos siendo usted terrestre. Lo siento, pero no se enfade, Luisa.

La artista pareció enojarse.

—No va a contarme ahora el cuento de la disparidad de nacionalidades, la xenofobia y cosas por el estilo, ¿verdad? Eso ya no se estila, David.

—Algunos sí, aunque usted no lo crea, Luisa.

Ella movió la cabeza.

—No me convence, qué quiere que le diga…

David parpadeó. Los últimos rayos del segundo sol —el primero se había ocultado ya— acababan de incidir sobre la dorada cabellera de la joven, arrancándole un vivísimo destello que le cegó durante un segundo.

—Tiene usted un pelo muy brillante —rezongó.

—Bueno, ello forma parte de mi personalidad artificial. A mí me gustaba más ser morena, pero hay cosas en las que yo no mando.

—No ocurrirá, porque nos separaremos en cuanto lleguemos a Karilvea; pero si, hablando hipotéticamente, llegara a ser mi esposa, le aseguro que la metería inmediatamente debajo de la ducha, para que se le fuese esa endiablada pintura del pelo. Créame que se lo digo con sinceridad, Luisa.

Ella lo miró burlonamente.

—No lo dudo, pero usted no es mi productor ni representa a todo el público que me admira —contestó.

—Algunos no la admiran —rezongó él.

—¿Usted?

David interrumpió aquella conversación que iba tomando derroteros peligrosos. Puso los zapatos en las manos de la joven y dijo:

—Ya se ha refrescado los pies bastante. Es hora de continuar.

Se incorporó de un salto y echó a andar. Luisa le miró y sonrió sibilinamente. Se calzó y siguió al joven. Anita y Steve caminaban ya unos pasos por delante.

Aquella misma noche, después de aseados convenientemente y tras una cena sustanciosa que les devolvió las energías perdidas, discutieron la manera de regresar a la capital.

—Puedes pedir al jefe que te envíe un aeromóvil —sugirió Anita a su hermano.

—No. Lo alquilaré en Karilvea —decidió él—. No tengo línea directa con él y podrían interferimos y localizarnos. Mañana, a primera hora, realizaré las gestiones para conseguir el vehículo.

Luisa consultó su reloj de pulsera.

—Serán hoy, luego —rectificó—. Las doce pasaron hace rato.

—Lo mismo da —gruñó él—. ¿A qué hora estará lista, señorita Ganin?

—A las ocho es buena hora, creo yo —respondió la muchacha—. Hemos tenido la suerte de que usted no haya sido reconocida y convendría que nos fuésemos antes de que se organice un tumulto de admiradores.

—Le aseguro que no habrá tumulto —sonrió la artista. Estiró los brazos sin el menor rebozo—. Me caigo de sueño. Dispénseme.

Anita también se retiró a su habitación. Los dos hombres quedaron solos, consumiendo los últimos pitillos.

—¿Qué opinas de todo esto, David? —preguntó De Mora.

—Sencillamente, ha sido una colosal metedura de pata —rezongó el joven—. Mañana… luego, es decir, en cuanto haya regresado a mi apartamiento, tendré que dedicarme a repasar la grabación de la llegada de los viajeros de «La Pacificadora». Tal vez encuentre alguno que se me antoje… más sospechoso que Luisa Ganin.

—Es posible, pero no seguro —murmuró De Mora pensativamente—. Muchas de las cosas que te han ocurrido, no habrían pasado de no ser ella el mensajero.

—Quizá, pero, en todo caso, ¿dónde tiene el mensaje? En el cuerpo, no; eso es indiscutible. Y tampoco en el subconsciente, Steve. Desengáñate; lo más seguro es, a mi entender, que la han empleado como cebo para alejamos del auténtico mensajero.

—Pudiera ser, pero entonces, ¿a qué ese interés por liquidarte? ¿No te parece que temían que hallases el mensaje?

—Sí, pero no parece lógico que quisieran matar también a Luisa.

—No emplearon el fuego, sino lo que pudiéramos llamar medios mecánicos. El cuerpo de Luisa, caso de no habernos salvado, habría aparecido. Destrozado, pero intacto, si entiendes el sentido de mis palabras.

Ruthmore se frotó la mandíbula con aire perplejo.

—Destrozado pero intacto… cosa que no habría sucedido con el fuego o con una descarga desintegradora—murmuró.

—Exactamente. Y, en mi opinión, eso es lo que buscaban los tipos de la excavadora aérea.

Ruthmore asintió.

—Puede, que en medio de todo, tengas razón, Steve—manifestó.

—Creo que la tengo —afirmó De Mora—. Piensa, devánate los sesos… tú conoces muchos más trucos que yo, y, por lo mismo, estoy seguro de que acabarás por encontrar el mensaje. Es decir, el lugar donde está escondido. Entonces —añadió con amplia sonrisa—, tendrás que pedírselo a Luisa; aún no gozas de la confianza suficiente para tomarlo por tu propia mano.

David se sonrojó.

—Se lo encargaría a Anita, en tal caso, pero no ocurrirá; ya lo verás.

* * *

Luisa se había ido. De nuevo estaba inmersa en su ambiente: periodistas, admiradores, publicidad, estruendo…

David había dado cuenta a su jefe del fracaso sufrido. Tzendor había tratado de consolarlo.

—Procuremos buscar la solución por otra parte —había contestado.

—¿Nacionalización?

—Resultaría demasiado fuerte y provocaría fricciones que estamos interesados en evitar a toda costa. Es un asunto básicamente económico y deberá tener una solución también económica. En fin, esto lo discutirán los expertos, antes de que comiencen las huelgas, cierres de fábricas, suspensiones de pagos y demás. Por supuesto, no empezarán inmediatamente, sino que serán una acción escalonada y cada peldaño, incluso, es posible que mida un año o dos, ¿comprende?

—Sí, desde luego.

—Bueno, tómese un descanso y no se preocupe de más —Tzendor sonrió—. Luisa Ganin ha hecho grandes elogios de usted y no sólo privadamente —añadió—. Le ha llamado su salvador, el fiero combatiente por la ley y el orden y qué sé yo cuantas cosas más.

—Ganas de hablar —rezongó el joven, invadido, sin saber por qué, por un extraño malhumor.

Después de haber hablado con su jefe, llamó a Anita.

—¿Quieres preparar la proyección de los filmes tomados en el astropuerto, por favor?

Ella miró curiosamente.

—¿Qué pretendes hacer, David? —preguntó.

—Ver si encuentro algún tipo, con la suficiente cara de malo, como para considerarle el sospechoso definitivo —contestó él.

—Bueno, si te empeñas…

Mientras ella traía los rollos con los microfilmes, David llenó un vaso alto con un refresco. Puso un par de pajitas y tomó asiento en un cómodo sillón.

Anita terminaba de hacer las últimas conexiones. Las grabaciones habían sido hechas en un hilo de medio milímetro de grueso, lo que permitía una gran longitud a cada rollo. David observó todo con aire abstraído, del que no le sacó siquiera la proyección de las primeras imágenes.

Un par de horas más tarde, llegó Steve.

—¿Algo de nuevo? —preguntó.

David meneó la cabeza.

—No. Estoy observando otra vez la llegada de los pasajeros de «La Pacificadora». Ponte algo de beber y acomódate a tu gusto, Steve.

De Mora asintió.

—¿Dónde está Anita? —preguntó.

—Por ahí. Estos días le ha dado por la cocina casera —sonrió David intencionadamente.

—Vamos a casarnos —respondió Steve.

—Menos mal que de este viaje ha salido algo práctico.

—Bueno, por algo vine a Arilea, ¿no? Empecé a pensar que añoraría más a Anita que a la Tierra y…

—Esas explicaciones, para ella, no para mí —atajó David socarronamente—. Bebe y calla o vete a la cocina.

—No quiero interrumpirla —dijo De Mora—. A las mujeres les sabe muy mal que los hombres metan las narices en la cocina cuando ellas están guisando.

—Es una postura muy sensata. Si continúas así siempre, ya no habrá más discusiones entre vosotros.

Las imágenes continuaban desfilando. Al cabo de un rato, Anita asomó la cabeza.

—La comida estará dentro de un cuarto de hora —anunció.

—¿Habrá un plato para mí? —preguntó Steve.

—Contaba contigo —sonrió la muchacha—. Os llamaré cuando esté la mesa puesta.

David encendió otro cigarrillo. Los pasajeros continuaban saliendo de la astronave.

Quince minutos más tarde, Anita entró en el salón.

—Puedes parar el proyector, David —dijo—. La comida está en la mesa.

—Muy bien… No, espera un momento.

—Déjale que contemple un poco a Luisa —sonrió Steve.

La artista acababa de aparecer en la pantalla. Agitó la mano derecha —en la izquierda llevaba un monumental ramo de flores —y envió besos a la masa de admiradores que ululaban, difícilmente contenidos por el cordón de protección policíaca.

Luisa movió de pronto la cabeza. Un vivísimo destello hirió las retinas de los tres espectadores durante una fracción de segundo.

Anita parpadeó.

—¿Qué es eso, David? —preguntó.

Ruthmore se encogió de hombros.

—Cosas del invento de Steve —respondió—. Ya nos dimos cuenta de ello la primera vez que pasé la grabación, recuérdalo.

—Eh —protestó el químico—, no me culpes a mí de lo que yo no he hecho. El oro brilla, pero no hasta semejante extremo.

David miró a su amigo con aire perplejo.

—¿Estás seguro? —dijo.

—Bueno, yo inventé el tinte para los cabellos, ¿no? Si ese chispazo hubiese incidido sobre una cámara fotográfica antigua, puedes tener la seguridad de que habría velado la placa. O, caso de tratarse de una película, al menos el fotograma correspondiente habría aparecido casi totalmente negro después del proceso de revelado.

XIV

DURANTE la comida, David no despegó apenas los labios, pese a los esfuerzos que realizaron su hermana y Steve para animarle.

La mente del joven se hallaba inmersa en algo que le preocupaba profundamente. De Mora había pronunciado unas palabras que le estaban haciendo reflexionar con gran intensidad.

Sin esperar al café, se levantó de la mesa y volvió al salón, en donde dispuso el proyector para pasar de nuevo la escena de la llegada de la artista. Sentóse junto al aparato y esperó con la respiración en suspenso durante unos segundos.

Luisa Ganin reapareció en la pantalla. Sonrió, saludó, tiró besos y movió la cabeza.

El chispazo se reprodujo. David pasó la escena otra vez más.

Y una tercera. El destello brotó de la pantalla cuando entraban Anita y De Mora.

—¿Por qué estás tan interesado en ese fogonazo? —preguntó el químico.

—No es un fogonazo, sino el reflejo de un metal particularmente brillante, más que el oro —respondió el joven—. Y lo que ahora hemos visto en la pantalla, lo presencié personalmente cuando nos sentamos a descansar a la orilla del río, poco antes de entrar en Karilvea.

Anita frunció el ceño.

—¿Quieres decir que viste allí al natural ese destello de la cabeza de Luisa?

—Sí, exactamente. Movió la cabeza y los últimos rayos del sol incidieron sobre su pelo. Esto provocó un destello análogo al que hemos visto en la pantalla.

—Un momento —terció De Mora—. ¿No hay medio de aumentar el tamaño de las imágenes?

—Claro que sí —respondió el joven.

Empezó a manipular en el aparato, tras haber situado la cinta en la posición inmediatamente anterior a la salida de la artista. Luego puso en marcha el proyector.

La cabeza de Luisa llenaba ahora totalmente la pantalla. El chispazo inundó de luz la penumbrosa estancia durante una fracción de segundo.

—Repítelo, pero a mayor tamaño, David —indicó Steve—. Haz que sólo aparezca en la pantalla el pelo de Luisa.

Las imágenes se agrandaron el doble. Esta vez, el fogonazo, provocó en su retina dolorosas sensaciones ópticas.

—Eso no es natural, insisto —dijo Steve.

David había inmovilizado la imagen. Los cabellos de Luisa tenían ahora casi dos milímetros de grueso.

Pero su aspecto era enteramente normal, pese al espléndido colorido de la imagen. David decidió realizar la proyección una vez más.

—A cámara lenta —dijo De Mora.

Puesto que no era una película corriente, fue preciso hacer marchar y parar la máquina por fracciones de segundo, a fin de inmovilizar cada movimiento de la cabeza de Luisa. David detuvo la proyección cuando ya se iniciaba el destello y sólo era todavía un pálido relámpago.

—No toquéis el proyector —dijo.

Y se acercó a la pantalla.

Anita y Steve se le unieron. Al cabo de unos segundos de silencio, David sonrió satisfecho.

—Lo hemos tenido todo el tiempo delante de las narices y no hemos sabido verlo —dijo.

—¿Crees que ese chispazo es el mensaje? —preguntó Anita.

—Como sueles decir tú, hay dos posibilidades —contestó él—. Una: el cabello que despide los destellos es, sencillamente, un microfilme insertado entre la cabellera, incluso arraigado en el cuero cabelludo, a fin de evitar su pérdida.

—Pudiera ser. Esos terrestres son capaces de todo y no es la primera vez que se usan hilos tan delgados como un cabello para la grabación de mensajes —convino la muchacha—. ¿Cuál es la otra posibilidad?

—El chispazo es el mensaje.

Anita le miró absorta. Steve estaba perplejo.

—Ese fogonazo… ¿un mensaje?

—Nosotros lo vemos en tiempo normal —contestó David—. Pero ellos pueden tomar una filmación del reflejo, como hemos hecho nosotros, y reproducirlo a tiempo sumamente lento. Ello daría, como resultado, una sucesión de destellos en su idioma gráfico que llaman Morse, que ahora, visto con gran desarrollo normal, se confunden en un solo chispazo, ininteligible para quien no esté impuesto del asunto.

—Pero si el mensaje viene en morse, puede estar cifrado —alegó la muchacha.

—¿Cifrado? ¿Quieres más clave que un solo destello, que la vista humana apenas puede captar, y si se advierte, el observador lo confundirá con el reflejo de su cabellera? Pueden escribir todo lo que quieran, sin necesidad de malgastar tiempo en pasar las páginas de un libro de claves; les basta tomar una filmación de este reflejo para saber cuanto necesitan.

Anita se excitó considerablemente.

—Entonces, lo que tenemos que hacer es ir cuanto antes en busca de Luisa y…

El zumbador del visófono sonó en aquel momento.

—Yo contestaré —dijo David.

Se acercó al aparato y dio el contacto. El rostro de Luisa apareció de inmediato en la pantalla.

—Hola —saludó la artista, sonriendo radiantemente—. ¿Cómo está, David?

—Oh, estupendamente, Luisa; en estos momentos, justamente, hablábamos de usted…

—¡Qué casualidad! —rio ella—. Debe de ser telepatía o algo por el estilo… claro que con Anita. ¿Está en casa?

—Sí, desde luego. ¿Quiere que la llame?

—Oh, no es preciso. Simplemente, dígale que prepare mi bolso, el que ella se llevó inadvertidamente cuando nos separamos. Ahora irá una de mis doncellas a recogerlo. Hasta luego, ¿eh, David?

La comunicación se cortó bruscamente, antes de que el joven pudiera pronunciar una sola palabra. Steve encendió las luces de la habitación.

—¿Qué bolso? —exclamó Anita—. Yo no me llevé ninguno…

—Muchacha, Luisa lo sabe también —dijo David, con el rostro contraído—. Pero está en peligro y quiso advertirnos de alguna manera.

—¡Cómo! —respingó De Mora.

—Lo que oyes. Luisa ha supuesto que seríamos lo suficientemente inteligentes como para darnos cuenta de la mentira. Alguien la está presionando para que entregue el mensaje y puesto que ella no sabe dónde está, no se le ocurrió otra cosa mejor que decir que lo tenía guardado en un supuesto bolso, que mi hermana se llevó, en apariencia inadvertidamente.

—Entonces, no vendrá ninguna doncella personal, sino algún esbirro a recoger ese hipotético bolso —dijo Anita.

—Exactamente, aunque es posible que primero se deje ver la doncella, auténtica o supuesta, a fin de engañarnos. Una vez la hayamos permitido el paso, el resto será fácil para el o los forajidos que vengan con la mujer que nos ha anunciado Luisa.

—Pero a ella puede pasarle algo, cuando se sepa que el mensaje no está en el bolso —alegó Steve.

—Así opino yo — contestó Ruthmore—, y por eso me voy a ir inmediatamente al hotel… Vosotros dos os quedareis aquí. Steve, Anita te indicará donde hay armas, pero no las uséis a menos que sea estrictamente necesario. Si es posible, utilizad dardos narcóticos; los agentes terrestres tendrán alguna cosa interesante que contar más tarde.

—¿Y tú, David? —preguntó Anita.

—No te preocupes —sonrió el joven—. Todo saldrá bien… aunque no sé qué tal quedaré después de mi primera actuación como peluquero.

Entró en su habitación y tomó algunos objetos que estimó podían serle útiles. Cinco minutos más tarde, se ponía en marcha.

Suspendido en el espacio por su cinturón antigravitatorio, David se acercó lentamente a las ventanas de la suite del hotel en donde se alojaba la artista.

Entrar por la puerta, consideró, hubiera resultado imprudente. Debía de estar firmemente vigilada. Estimó que tal vigilancia debía ser nula en las ventanas, situadas a cuatrocientos cincuenta metros sobre el suelo, en uno de los más elevados edificios de la capital.

Aprovechó la oscuridad de la noche recién llegada para deslizarse a lo largo de la fachada, hasta alcanzar su objetivo. Tras unos segundos de reflexión, buscó una de las ventanas, cuyo vidrio deshizo con una descarga de su pistola.

Pasó al interior de la estancia, sumida en las tinieblas, y avanzó en silencio. Abrió la puerta ligeramente, captando un rayo de luz.

Luisa se hallaba sentada sobre un diván, casi frente a él. Podía verla claramente.

En cambio, le resultaba imposible divisar al hombre que estaba de espaldas a la puerta, debido al elevado respaldo del sillón, que le ocultaba completamente a los ojos del joven. Luisa se mostraba bastante nerviosa, apreció David a la primera ojeada.

—¿Teme que la señorita Ruthmore haya perdido el bolso? —preguntó el hombre.

—Lo que tengo es ganas de perderle a usted de vista —contestó Luisa—. Me da náuseas.

—Lo siento, no es cosa mía. Bueno, hasta cierto punto, claro.

—Eso me importa muy poco… ¿Qué contiene el mensaje? —preguntó Luisa con femenina incongruencia.

El hombre rio.

—¿En qué quedamos, le importa o no le importa? —dijo.

Luisa se encogió de hombros.

—Bueno…

El zumbador del visófono sonó de pronto. Luisa se incorporó, pero el hombre se lo prohibió.

—Quieta —ordenó severamente—. Siga donde está.

El hombre se levantó y se acercó al visófono.

—Jefe —sonó una voz a los pocos segundos—, ya tenemos el bolso.

—Muy bien. Traedlo enseguida.

—De acuerdo.

—Ah, ¿quiénes están ahí?

—Anita Ruthmore y un tipo que…

—¿No está David?

—No, jefe.

—Bueno, es igual; ya lo encontraremos. Quitadme de en medio a esos dos tipos. No convienen testigos.

Sonó una alegre carcajada.

—¡Que se cree usted eso! —exclamó Anita—. Su esbirro está en nuestras manos y ha hablado al dictado, como hizo Luisa Ganin hace unos momentos.

—¡Qué! —rugió Tzendor, estupefacto.

—Lo que oye —corroboró Ruthmore, surgiendo de improviso—. No se mueva, traidor.

—¡David! —gritó Luisa incontenIblemente.

El joven extendió una mano, sin quitar la vista de su jefe.

—No se mueva, por favor —rogó—. Tzendor y yo tenemos que

hablar.

El jefe del Contraespionaje estaba pálido.

—David…

—Cállese —ordenó Ruthmore—. Me dan asco los tipos como usted, que juegan a dos paños… mejor dicho, al paño propio, que es el de la ganancia total y absoluta, sin importarles las vidas de los demás… la vida de Myl Fore, por ejemplo, a quien usted tachó de traidor, para tener ocasión de eliminarle, sin tener que responder por su crimen.

Tzendor respiraba afanosamente. Su frente estaba cubierta de finísimas gotitas de sudor.

David continuó:

—Cometió un error al decirme que Fore había colocado una emisora en el panel de las situaciones de sus agentes. No pude advertirlo entonces, pero luego, comparando unos hechos con otros, pude llegar a una conclusión.

»Un hombre tan cuidadoso como usted ¿iba a abandonar el panel sin la debida vigilancia? Usted tenía medios suficientes como para localizar cualquier micrófono colocado ocultamente en su despacho. ¿Qué pretendía con ello?

»Muy sencillo: encargarme a mí, indirectamente, de la eliminación de Myl Fore. Y como no lo hice yo, lo hicieron sus esbirros; sí, los que raptaron a Luisa Ganin.

»Es cierto que los terrestres, de una forma u otra, se enteraron que yo iba tras el mensaje; no se puede negar que poseen un magnífico servicio de información. Los atentados que sufrí, así lo demuestran.

»Pero sólo usted podía conocer el emplazamiento de mi casa de la Sierra. Sólo usted sería capaz, como lo fue, de bombardearla, sin importarle que Luisa muriese. El mensaje aparecería siempre, puesto que ella no iba a morir abrasada ni desintegrada.

»Falló por unos segundos, los justos para que pudiéramos salvarnos, bueno, fallaron sus esbirros. Luego fue a desescombrar la plataforma y… ¡Buen chasco se llevó!, ¿verdad?

Tzendor estaba lívido.

—No dice más que vaciedades sin sentido… —murmuró.

—Que hable Luisa Ganin —dijo David—. Que cuente la forma en que usted la forzó a hablar con nosotros.

—Es cierto —terció la artista—. Me apuntaba con una pistola. Yo quería avisarles, pero no sabía cómo. Entonces se me ocurrió decir que Anita se había llevado mi bolso y… Menos mal —suspiró

profundamente— que supieron entenderme. Estaba pasando un miedo horrible, pensando en lo que podía ocurrirme si ustedes no se daban cuenta de mi advertencia.

—Fue una idea magnífica, Luisa —alabó Ruthmore, que no quitaba ojo de Tzendor—. En realidad, usted lleva el mensaje.

—¿Dónde? —preguntó ella, estupefacta.

—Uno de sus cabellos es artificial. Es un hilo con la grabación que buscábamos.

Los ojos de Tzendor destellaron con interés.

—No lo sabía —confesó.

—Pues ahora ya lo sabe, aunque temo que resulte demasiado tarde para usted —exclamó Ruthmore—. El mensaje puede estar grabado en ese cabello artificial de dos maneras… pero eso es cosa que averiguarán nuestros expertos. A usted ya no le servirá de nada.

»Esta vez, se dejó cegar por el brillo de una ocasión singular, única. Sí, hubiese detenido la acción de los terrestres, pero aprovechándola en beneficio propio. Enormes sumas de dinero le aguardaban, el control de las mayores empresas y de los bancos más poderosos hubiera sido suyo… si todo le hubiera salido bien, es decir, si hubiese encontrado el mensaje a tiempo. Pero ya es tarde.

«Muchas cosas se le pueden perdonar, pero no la muerte de Fore, quien tal vez intuyó o conoció la verdad antes de tiempo. Eso lo pagará usted, Tzendor, ¡se lo aseguro!

El labio inferior del hombre tembló.

—No hay pruebas…

David levantó la mano armada.

—No me hacen falta las pruebas —dijo.

Luisa lanzó un grito:

—¡No lo haga, David! ¡No se convierta en un asesino! ¡No… no podría mirarle más a la cara!

El joven sonrió.

—¿Lo dice de veras? Estoy luchando contra su propio planeta, Luisa.

—¡Al diablo con la Tierra! ¡La política me importa un rábano! Puede que los terrestres no tengamos la conciencia muy limpia, pero ¿quién puede decir lo mismo en toda la Galaxia?

—En eso tiene razón —concordó Ruthmore. Miró a Tzendor—. La verdad es que no sé qué hacer con usted.

—Dimitiré —contestó el jefe del Contraespionaje.

—Buena idea —aprobó Ruthmore lacónicamente.

Tzendor se encaminó con paso tardo hacia la puerta. Súbitamente, se volvió hacia el joven.

Luisa gritó. Tzendor tenía en la mano una pistola.

Era la ocasión que David estaba esperando. Al apretar el gatillo, pensó que no sólo defendía su vida, sino que estaba haciendo justicia.

—Por Fore —murmuró, viendo la nube de polvo gris que se expandía lentamente en la atmósfera.

—Salgamos de aquí, Luisa —dijo luego.

Ella obedeció, sumamente impresionada. David tuvo que prepararle una copa, a fin de confortarla.

—No sé cómo pudieron hacerme una cosa semejante —murmuró al cabo de unos momentos.

—Seguramente, la narcotizaron. No debieron emplear mucho tiempo en insertarle ese hilo en el cuero cabelludo. El invento de Steve les proporcionó la ocasión en bandeja, pero no contaron con el exceso de brillo que emitía el mensaje… o el metal del cabello artificial, tanto da —explicó David.

Ella le miró y esbozó una sonrisa.

—Ese hombre era terrible —aludía a Tzendor.

—Sí —convino él—. Seguramente, una vez desarticulado el plan terrestre, luego le explicaré en qué consistía, hubiese iniciado él su propio proceso de infiltración, mediante hombres de paja que hubieran obedecido ciegamente sus órdenes. De este modo, puede decirse que todo el capital de la Liga de Sistemas Principales hubiese estado en sus manos.

—Vamos, que se hubiera hecho el amo.

—Exactamente.

David sonrió.

—Olvidaba que vine a hacer de peluquero —dijo, sacando una lupa y un par de tijeras—. ¿Me permite la señora?

—No faltaría más —contestó ella con un gracioso mohín.

EPÍLOGO

AL divisar el brillo del aeromóvil que se le acercaba, David suspendió la tarea.

Se puso la camisa, cubriéndose el torso, y se acercó al vehículo cuando su piloto le hizo tomar tierra. Una escotilla se abrió y Luisa Ganin saltó ágilmente al suelo.

—¡Luisa! —exclamó él, atónito.

La joven sonreía encantadoramente. Su pelo era negro ahora.

—¿Cómo se encuentra, David? —preguntó. Miró en torno suyo y agregó—: Muy atareado, ya lo veo.

—Estoy reconstruyendo mi casa. He solicitado un largo permiso, antes de volver al trabajo, y quiero aprovechar la ocasión.

—Me parece muy bien —aprobó ella—. Yo también he hecho algo por el estilo.

—¿Cómo? ¿Ha roto sus compromisos?

—Sí. Me va a costar un dineral en indemnizaciones, pero creo que no me importará.

—Eso no está bien, Luisa. Su público la reclamará.

Ella se encogió de hombros.

—¡Bah! Ya se olvidarán de mí. Cada día sale una estrella nueva y… —volvió a mirar a su alrededor—. Me parece que necesita un ayudante, David.

Ruthmore sonrió.

—Se estropeará las manos —contestó.

—Vine prevenida, porque Anita me dijo lo que estaba haciendo. Y aprobó mi plan —declaró Luisa.

—¿Qué plan?

—Ayudarle a reconstruir la casa. Nuestra casa, si no te importa.

David la miró y sonrió.

—No me importa en absoluto, Luisa. Pero tendremos que pasar nuestra luna de miel en aquella tienda de campaña —señaló la que había en un lado de la explanada.

Ella suspiró gozosamente.

—Será maravilloso —contestó. Luego le tomó de la mano y tiró de él hacia el aeromóvil—. Vamos, no hagamos esperar al juez de paz y a los testigos. Anita y Steve nos están aguardando ya para la ceremonia.

—Yo creo que un minuto de retraso no constituirá una falta grave de protocolo —dijo él, atrayendo a Luisa hacia sí—. Es el tiempo mínimo que necesito para besarte —concluyó, inclinándose hacia ella.

FIN



Próximo número:

Legiones de hombres sin piedad dispuestos a dominar el mundo.

LEGIONES NEGRAS

PETER KAPRA

Precio: 9 Ptas.